

ANA MARÍA ESTRADA HERNÁNDEZ

**Más allá del
garambullo**

D

esperto cuando el chofer de los autobuses del Valle del Mezquital me indica que estamos llegando a El Corte. Hago este viaje unas dos veces al mes; identifico y me identifican varios de los choferes, probablemente me ven cara de monja, pues todos son gentiles y educados conmigo, independientemente de que vayan sazonando sus pláticas con palabras sonoras y castizas; puedo dormir desde el momento de subir al camión estando segura que ellos me despertarán al llegar al Corte. Pero ¿qué es el Corte? simplemente una parada donde se encuentra un tanque de agua—al pie de la carretera que corre de Tula a Ixmiquilpan, pasando por Progreso, Mixquiahuala, Tlahuelilpan, etc.— que dice Secretaría de Recursos Hidráulicos y se encuentra a la entrada de una ranchería llamada El Tablón, antes de Maguey Blanco y un poco más antes de que el autobús doble a la izquierda para entrar a Ixmiquilpan pasando por Dios Padre, Humedades... Enfrente un tendajón donde venden refrescos, pulque y más nada.

Doy las gracias y todavía somnolienta bajo y aspiro con fuerza el aire frío y seco, pero que me llena de vitalidad, del Mezquital.

Un sentimiento de terror y placer me recorre el espíritu adelantando los paisajes del camino, los perros esqueléticos, el entorno lunar de esa zona, el silencio casi absoluto—donde oye una su propia respiración— y vuelvo a la primera vez que recorrí sola la vereda que arranca de atrás del tendajón y va dando tumbos, subiendo y bajando por un suelo duro, casi sin capa de tierra, basalto puro, arrimándome a las peñas para no caer en la barranca, pero cortando camino y tiempo para llegar a El Alberto: poblado, ranchería o no sé cómo llamarle a esa comunidad de otomíes, dispersa en muchos kilómetros a la redonda partiendo de la

iglesia dedicada precisamente a san Alberto y de una escuela rural que permanece vacía gran parte del año.

Claro, podría tomar la brecha unos metros más adelante, pero haría cerca de dos horas o más a buen paso y no tarda en obscurecer, son casi las seis de la tarde y es invierno. Cuando hice el trayecto de la vereda en sentido contrario, acompañada de Rosario, tomé el tiempo y fue poco menos de una hora, traté de asir con los ojos los detalles del paisaje que me recordaran el camino correcto, repetía las palabras de Rosario: "derecho niña, todo adelante y al llegar al garambullo bajas al cauce seco, todo delante... te arrimas a tu derecha y subes después de la gran piedra bola y ya llegaste". Es fácil, me dije, tratando de darme ánimos, mientras me acomodaba la mochila en la espalda y apretaba el paso ante la inminente llegada de la noche.

Dicen que la gente del campo no es locuaz y encuentro la razón al ir bordando mi camino por estas soledades, una casi no se atreve a pisar fuerte, diríase que se va una deslizándose con cuidado por temor a romper el encanto de ese silencio que todo lo envuelve.

Pienso en que debo estar loca para estar ahí y encuentro de inmediato el motivo, estoy huyendo de Pancho, Pico Pancho, Paco, Montaña; sí, estoy huyendo del camarada Montaña. No deseo que su vida complicada por el tanto andar me envuelva, soy débil lo reconozco y no quiero que sus ojos me vean, no quiero que su voz se dirija a mí con esas inflexiones entre cariñosas y sarcásticas, no quiero que ponga más en tela de juicio mi estadía en el monasterio, no deseo sentir sus manos en mis hombros sujetándome fuertemente mientras me roba un beso y después se va riendo, seguramente por mi cara de asustada. Pico Pancho hace lo mismo con todas las mujeres que conoce—pienso—no deseo formar parte de su colección, por eso estoy aquí. Renuncié a mi trabajo en la universidad y voy a levantar una encuesta socioeconómica de la zona. Hay que poner tierra de por medio entre el Pico Pancho y yo y qué mejor pretexto.

El viento helado me despierta, pues de hecho iba soñando o casi, no me percaté cuando llegué al gran garambullo donde la vereda baja al fondo del río seco, no supe cuándo subí por ese camino de cabras después de la gigante piedra bola y ahora, desconcertada, veo a lo lejos en una cercanía engañosa la torre de la iglesia, trato de retomar la vere-

da y no la encuentro. Sigo avanzando sin perder de vista la lejana torre, pero sé que voy fuera de ruta, no veo las señas que tanto luché por memorizar y un ligero cosquilleo de miedo me recorre la espalda, casi es noche cerrada y ya no veo la iglesia. Sé que tengo que estar cerca de la casa de Odilón San Juan... no me oriento.

Los ciudadanos realmente no conocemos la oscuridad de la noche cuando no hay luna; las luces de las casas, el alumbrado público, los anuncios comerciales, todo ello crea un resplandor visible a muchos kilómetros antes de arribar a cualquier ciudad. El Mezquital, como toda la provincia marginada que carece de luz eléctrica, es otro mundo. Lo negro de la noche casi es tangible y las estrellas se ven al alcance de la mano; el silencio es absoluto y no sé si estoy soñando o realmente estoy perdida; con la perspectiva de pasar la noche a la intemperie. Trato de calmar la angustia y no sé qué hacer: ¿ponerme a gritar a mitad del despoblado? ¿seguir caminando a ver dónde me llevan mis pasos? Estoy en esas cavilaciones, cuando el silencio en un segundo se convierte en una algarabía de perros que viene corriendo a mi encuentro; el sentimiento que me embarga es de alegría y miedo; sin poder moverme, muerta de susto espero su llegada. ¡Benditos perros! Llegaron haciendo fiestas y lamiéndome la mano, a mí una perfecta desconocida para ellos; en ese momento supe que teníamos algo en común, no sé qué, pero nunca seríamos ajenos.

Por supuesto atrás de los perros venía el dueño: Odilón San Juan, quien me acompañó el último tramo hasta el pie del puente colgante y sólo a insistencia mía se devolvió, pues quería dejarme a buen resguardo en la casita de una sola habitación que me habían prestado los mayordomos del pueblo.

Temblando aún, crucé con cuidado el larguísimo puente colgante sostenido en su otro extremo con cables de acero a dos ahuehuetes centenarios. Todo el río Tula tiene sus orillas bordeadas por ahuehuetes y cosa curiosa, allá les llaman sabinos, que me recuerdan los poemas de Horacio, sentado al pie de los sabinos romanos, que sí son, pero en México los conocemos como ahuehuetes.

La iglesia es una pequeña fortaleza, está dentro de la ruta de conquista y evangelización de los agustinos, así que tiene sus almenas,

un atrio que sirve también de panteón y unos muros gruesos para aguantar el combate. No en balde coloqué primero la "conquista" de los agustinos, pues ellos implantaron a sangre y fuego la cruz de Cristo; seguramente abajo de esta iglesia perdida en la zona mezquitalera se encontraba un templo al sol, a la luna, qué se yo, si no, cómo explicar semejante esfuerzo donde ni siquiera se cruzan los caminos, sólo la soledad impera aquí. Eso sí está en lo alto de una cuesta, dominando el paisaje en donde el río Tula forma una herradura y enfila hacia el norte, para incorporarse algunos kilómetros arriba a una presita llamada El Tecolote, donde se encuentra el otro puente colgante de El Alberto.

Casi sin aliento llego a mi casita y meto la llave desproporcionadamente grande —para el cuarto que protege— en esa chapa y esa puerta tan antigua como la construcción misma de la iglesia. El ojo de la cerradura también me sirve de pequeña ventana cuando la puerta está cerrada. No quiero saber más nada, me libero de la mochila y vestida me dejo caer en el catre de lona, mañana... mañana será otro día.

Al Valle del Mezquital lo tenemos dividido en varias zonas para efecto de levantar una encuesta socioeconómica y al mismo tiempo "evangelizar". Por principio de cuentas me niego a evangelizar a nadie en El Alberto, que es el área de influencia de mi equipo y cuyo jefe es Gustavo, Gus como de cariño le dice todo mundo. Además, en las reuniones preliminares a las visitas semanales y ahora que se pretende que se quede alguien residiendo una temporada en el pueblo, nunca se habló de evangelización, sino de tratar de ayudar concretamente a los otomíes.

El padre Hylary, Misionero de María, es la cabeza de todo este movimiento. Cuando era joven, él estuvo varios años en China hasta que lo sacaron; después estuvo trabajando con los chicleros y sus "visitadoras" en el estado de Quintana Roo y ahora se le ha metido entre ceja y ceja que debemos ayudar a los mezquitaleros. Formamos este grupo gente de todas condiciones: ingenieros, doctores, secretarias, amas de casa, monjas, estudiantes, etc.; el único requisito es disponibilidad de fines de semana y querer ayudar. ¡Ah! también tenemos a un estadounidense y un canadiense combatientes de la guerra de Corea. Puede decirse que mi equipo es el que tiene mejores recursos humanos.

Está Gus, excelente como persona, abierto a la crítica, de amplio criterio y con recursos económicos más que suficientes para ayudar, un poco esnob, pero ¿quién de nosotros no lo es? Estamos jugando el papel de los buenos, no dudo que algunos sean honestos, pero la mayoría por ociosidad o a falta de algo mejor que hacer, por escapar de nosotros mismos.

De entrada me percato que le soy agradable a Gus, creo que cuando menos simpática, tal vez por folklórica o destrampada; no alcanzo a medir aún el tamaño de esa atracción. Está de acuerdo conmigo en casi todo lo que digo por estúpido que sea; Lalo, otro compañero del grupo se da cuenta de inmediato de la situación y él y Rosa, su mujer, sacarán provecho más adelante de esto.

Me ofrezco a levantar la encuesta; se establece el compromiso de llevarme garrafones de agua potable cada semana, víveres, libros para alfabetizar, lápices, cuadernos, gises, todo lo que se me ocurre, incluyendo hilos de colores para bordar, estambres y agujas para tejer. Por algún lado me enteré que Pepe Luis Cordero, otro integrante del equipo, tiene parientes zapateros en León, Guanajuato y que —entre otras cosas— hacen esos preciosos huaraches de hombre y de mujer entretejidos con correas de piel delgaditas ¡ah! pues quiero aprender a hacerlos y sin preguntarles, tomo la voz de los hombres y mujeres del pueblo y pido que vengan a darnos clases a El Alberto. Pero ¡cómo no! ya los estás trayendo Pepe Luis y el tiempo que estén aquí dando clases corre por mi cuenta, exclama Gus, casi antes de que termine de hablar.

Todo marcha sobre ruedas, hablamos con los mayordomos y pedimos nos recomienden una persona —de preferencia mujer— que me acompañe a recorrer toda la zona, que conozca a todos los vecinos de El Alberto y que hable las dos lenguas, otomí y español; tendrá un sueldo semanal, cosa inaudita para ellos, que trabajando toda la familia en alguna milpita, haciendo ayates, bordando blusas, etc., a veces no juntan ni quince pesos semanales.

Me traen a Rosario, otomí de cuarenta años, prematuramente envejecida, parece que tuviera setenta o más. Será mi compañera y chaperona durante todo el tiempo que esté en El Alberto.

Nos entendemos de inmediato, ella tiene una hija casada y un nieto pequeñito, su hija es casi una criatura, tiene dieciséis lindos años

y ya carga a cuestras al marido, al niño y todo lo que ello implica. Rosario dormirá en el cuarto conmigo, siempre en un petate a los pies de mi cama a pesar de tener otro catre; dice que no le gusta, siente que se va a caer. Habla mal el español, "la castilla", pero lo entiende y traduce muy bien, pues las respuestas a las preguntas de la encuesta son coherentes.

Ella me enseña a comer y utilizar todos los recursos de la zona; a pesar de tener un hornillo de petróleo, lámpara Coleman que cuelga del techo del cuarto, lámpara de mano de pilas cuadradas grandes, infinidad de alimentos enlatados y una serie de implementos totalmente inútiles para la situación, casi nunca hacemos uso de ellos; en nuestro diario recorrido haciendo encuestas, como rutina vamos levantando varas secas, cortando nopales tiernos, "chilitos" una especie de frutita en forma de chile que brota de unos cactus pequeñitos aplastados contra el suelo; la flor amarilla –todavía cerrada, si no amarga– de las zábilas; los frutos púrpura, casi negros de los garambullos; los dorados frutos de la biznaga que revientan sobre la cabellera rubia que corona estos cactus, mismos con los cuales se elabora después el dulce del acitrón; los quiotes de los magueyes pulqueros; las vainas del mezquite, los racimos también cerrados de la flor blanca de la yuca, los quelites cimarrones que crecen silvestres en las orillas del río, las tunas...

El lunes es día de plaza en Ixmiquilpan, en adelante será costumbre ir y hacernos de los bastimentos que nos hagan falta. Nos levantamos a las cuatro de la mañana y enfilamos –con noche cerrada todavía– por el camino de la Cuesta Blanca que nos llevará hasta Ixmiquilpan después de casi tres horas de camino a paso de indio. Ella y yo preferimos este camino largo, en vez de salir al Corte en media hora y tomar el autobús que en diez minutos nos dejaría en Ixmiquilpan, pues tenemos un secreto: conocemos el nacimiento del manantial de aguas calientes, sulfurosas que bajan y riegan a Dios Padre y a Humedades.

Poco antes de descender de la Cuesta Blanca, allí donde se juntan la vereda y los restos de un camino empedrado que sube desde el valle, en un recoveco de las rocas se abre una pequeña gruta como una concha de techo bajísimo y de agua caliente maravillosamente azul verde, casi fosforescente... Frente a una el panorama del único valle fértil del Mezquital y donde se asienta Ixmiquilpan. Nos sentimos princesas en

el paraíso perdido bañándonos a esas horas, en esas soledades y con ese espléndido paisaje. Ella me cuida, yo la cuido y hacemos nuestra entrada triunfal al pueblo limpias y con las mejillas rojas como manzanas, tres horas después de habernos levantado, listas para comernos una barbacoa de horno, andar placeando y haciendo visitas hasta las tres de la tarde, cuando emprendemos el regreso a veces por el mismo camino, a veces por la Peña Colorada o por el autobús y el Corte.

El primer lunes que bajamos juntas, compramos una gallina, un gallo, unos pollos –vivos por supuesto– varios metros de percal de algodón con los que Rosario me confeccionó unas faldas hasta el suelo igual a las de ella, varias blusas bordadas; los ayates para cargar la mercancía nos los vendió su hija, un par de huaraches con suela de llanta, pues las espinas de los cardones son tan fuertes que traspasan cualquier suela. Rosario no quiere huaraches, dice que le estorban, anda descalza y cuando se le llega a enterrar alguna espina, simplemente se la arranca y andando, ella tiene su propia suela en los pies, dura como piedra.

Tengo varios encargos del padre Hylary, debo visitar a las Hermanitas de José y María que viven en el camino a san Nicolás, ellas merecen un capítulo aparte, lo mismo que a Bertha O'Connors, de la Organización Mundial Caritas, con quien debo negociar el envío semanal de un trailer que entre por la brecha y llegue hasta el pie del puente colgante, con pan, arroz, frijol, garbanzos, lentejas, azúcar... a veces cajas de maicena y rara vez botellas de aceite comestible para los habitantes de El Alberto. Se supone que yo debo controlar las tarjetas para todas las familias. Una vendita para una gran herida, pero se hace lo que se puede. Una cosa que me parece interesante y justa es que estas despensas no son regaladas, pues los otomíes no están pidiendo limosna, pero su precio es como la décima parte de su valor en el mercado.

También debo visitar, en cuanto pueda, al matrimonio de los Sinclair, evangélicos del Instituto Lingüístico de Verano, ellos viven en el Barrio de El Cuartel a la entrada de Ixmiquilpan. Tienen veinticinco años viviendo entre los otomíes; son toda una leyenda en Ixmiquilpan y será un honor para mí que me reciban. Con el tiempo llegarán a ser excelentes amigos míos.

Para ese primer lunes la agenda estuvo agotadora, quedo con Bertha O'Connors de llegar a su casa –donde vive con dos voluntarias– los viernes en la tarde para tomar clases de otomí. Un miembro del ILV nos dará las clases, también asistirán las Hermanitas de José y María: Denise y Margarita; dormiré en casa de Bertha y los sábados por la mañana, Respicia, una vecina de las Hermanitas nos introducirá en el maravilloso mundo del telar de cintura para hacer morrales, fajas, rebozos, etc. Después de la comida Bertha me llevará en el jeep de Caritas a El Alberto.

Conforme ascendemos el camino de la Peña Colorada, pues Rosario está empeñada en que yo conozca todas las formas de entrar y salir del pueblo, voy pensando que si la ciudad de México con todos sus habitantes, incluido el Pico Pancho, desaparecieran del mapa, me tendría absolutamente sin cuidado.

El Mezquital, con todas sus miserias y dolores ancestrales, sus paisajes, sus olores, su gente y las que decidieron vivir ahí, son yo misma. Esa es mi realidad –al menos en ese momento– y mientras escurre el sudor por mi frente, que no alcanza a retener el pañuelo que puse alrededor de ella, para que no me lastimara el nudo del ayate –pesado de mercancías– que traigo en la espalda y que me iguala con la caravana que penosamente va ascendiendo esa cuesta, descubro no sin asombro, como deben haberlo hecho los Sinclair y tantos otros, que el Mezquital –a pesar de sus carencias– es un buen lugar para vivir y morir.

En El Alberto no hay agua potable, es cierto que hay manantiales en algunos troncos de sabinos pero con muy poco caudal y a la mayoría les quedan muy lejos. Nadie bebe agua. La acarrean sólo para guisar y la conservan en unas tinajas grandes de barro. Todos toman pulque, hasta los más pequeños. De esto resulta que a las tres de la tarde ya no cuentas con nadie; todo se debe tratar o hacer antes de esa hora, por eso las encuestas empiezan clareando el día. Empezamos con los más alejados, ya cerca del Dexthí, por los cerros azules, donde se refugiaron los otomíes que abrazaron la fe evangelista y que los demás expulsaron violentamente años atrás; también debo visitarlos pues son gente de El Alberto y trataremos de incorporarlos a lo que resulte de la encuesta. No va a ser fácil, pero lo intentaremos. En El Alberto, salvo dos o tres casas

de mampostería, todos son jacales hechos a base de ramas, carrizos y pencas de maguey, unos mejor trabajados que otros, pero la mayoría tocando la miseria absoluta. Los "protestantes" que viven allá trepados en las peñas, más alto incluso que nosotros, tienen sus casas de una o dos habitaciones, pero trabajadas con bloques de cantera, con techos de carrizo y palma entretejidos o de lámina, limpias; no beben pulque ni aguardiente, están sobrios por prescripción religiosa y son gentiles de trato. Me hago el largo camino para saludarlos cinco o seis veces durante los casi nueve meses que residí en El Alberto sin resultados positivos aparentes.

Rosario es la catadora... bebedora de todos los pulques que me ofrecen al llegar a una casa. Nunca he podido resistir el olor y menos el sabor del pulque, la náusea me invade. Pero tampoco puedes decirles eso a tus anfitriones, pues de entrada empezarías mal la entrevista, así que de mutuo acuerdo fingimos demencia; la jícara me la acerco a los labios y la retengo un momento y luego se la paso a Rosario, quien no la suelta hasta verle el fondo, encantada de la vida. Por esta afición a veces no le veo el polvo por días, me dice que va a darle una vuelta a su hija: "regreso al rato", pero ese rato tiene otra dimensión para ella. Se olvida de sus obligaciones y me chantajea su cara compungida cuando aparece.

Duermo profundamente en esta noche de luna llena. Luna maravillosa con un halo gigante cual corona. Sí ya sé que es la misma luna y el mismo sol, pero al mismo tiempo no son los mismos por el entorno, el entorno casi lunar del Mezquital, con esa belleza árida que no conoce la lluvia, resquebrajada por el sol inclemente del mediodía y los fríos de la noche. Duermo sin zozobra, como el que se ha ganado su descanso por los kilómetros andados. Pero en el sueño, creo que estoy con las benedictinas, estamos rezando el oficio divino y la salmodia va y viene como olas que suben, suben cada vez más alto el tono y en el goce del sentimiento estético una nota discordante me despierta... estoy confundida. No, ya no estoy en el monasterio, pero la salmodia que oigo es real y logró despertarme. Una vez ubicada, trato de identificar qué es ese canto que tanto se asemeja a la salmodia del gregoriano, pero en tono tan alto que casi es un lamento, un lloro... Venciendo el miedo me asomo por la cerradura y miro luces de velas y unas doce o quince personas

que portan, además de las velas, unos sahumeros. Están en el atrio de la iglesia y no alcanzo a distinguir qué dicen, consulto el reloj... son pasados treinta minutos de la medianoche.

Nunca he sido miedosa, pero estoy sola y con ese coro enfrente de mi cuarto, no sé qué pensar ¿me estarán haciendo una brujería? Estoy desvariando ¡no creo en esas cosas! De puntitas me retiro de mi "ventana" —como si los que cantan fueran capaces de sentir que los estoy espionando— y yo que duermo estirada como muerto en el catre, me hago rosca y me tapo hasta la cabeza, como si con ello hiciera un conjuro que alejara de mí esos cantos que no entiendo y que me llenan de terror.

La iglesia, igual que la escuela está vacía todo el año, no hay párroco; una o dos veces al año se aparece el cura de Ixmiquilpan, celebra misa y regaña a los que asisten por sus prácticas "paganas" y se va. A un lado de la puerta principal hay una construcción, adosada al muro de la iglesia vieja, es como un horno de pan con su ventanuco y en el interior, en el centro de lo que sería propiamente el horno, se encuentra una pequeña estatua —como de unos treinta centímetros— de san Alberto, negra como un tizón del humo de las velas de cera que lo rodean junto con restos de flores, copal, listones de todos colores... no entendía por qué estaba san Alberto fuera de la iglesia; ahora, me parece entender cuáles son las prácticas "paganas".

No puedo dormir aunque lo intento y el *qui'á sha juá* (buenos días) de los primeros hombres que van rumbo a sus milpas a eso de las cinco de la mañana y que nunca olvidan gritarme cuando pasan por el cuartito, me encuentra cavilando si soñé o fue real.

Contra mi costumbre voy a buscar a Rosario a casa de su hija, distante unos tres kilómetros de la casa pero del otro lado del puente, todavía no clarea bien el día y ya los perros están anunciando mi llegada a su jacal. Me la traigo todavía bajo los efectos del pulque y del sueño, vamos a un recodito del río donde, entre las raíces de un ahuehuete, se forma una pequeña alberca de agua limpia del manantial que brota de su raíz, misma que se desborda y confunde con las aguas turbias del río Tula; nos bañamos casi con la luz del día, probablemente para escándalo de las mujeres y regocijo de los hombres de El Alberto. No me importa, deseo que Rosario me aclare lo que sucedió en la noche y la necesito sobria.

Aprovechamos para lavar ropa y mientras se seca al sol, voy apretando la tuerca para que me diga qué hacían los cantores nocturnos. Entre promesas y juramentos —poniendo como testigos a todos los santos del cielo— de no decir nada a nadie, me cuenta que el brujo del pueblo —el chamán dirían los estudiosos— y sus discípulos estaban trabajando el listón de Roque Santiago a quien su esposa acaba de medir. No entiendo qué me dice, me explica que Roque le propinó a Lucina, su esposa, una golpiza dejándole rota la nariz y el cuerpo lleno de cardenales y que además lo hace por costumbre; desesperada acude al brujo quien la cura con emplastos de hierbas y le pregunta si realmente se quiere deshacer de él... —sí, sí quiero, responde Lucina. —Entonces —le indica Román San Juan, hermano de Odilón y que ahora me entero es el brujo de El Alberto— toma este listón morado y en lo profundo del sueño ¡mídelo! lo envuelves en un lienzo negro y me lo traes. Rezarán, según dice Rosario, nueve noches, esto para que no me inquiete, no me dé por enterada. Por supuesto no doy crédito a lo que oigo aunque no lo manifieste así. Le pido me mantenga informada.

No cabe duda que la frontera entre estas prácticas "paganas" y la liturgia católica es muy tenue, si es que existe. ¿Quién copió a quién? Me pregunto si hay alguien que escuche estos ruegos, seguro no. Pero a veces, la realidad rebasa nuestras fantasías más descabelladas.

El décimo día, o sea uno después del término de los rezos, Rosario, nerviosa, me comenta que Lucina informará a su marido lo siguiente: "Roque, ya te medí; mi tío dice que vas a morir después de siete lunas, el trece de julio al medio día". Como era de esperarse, el marido le acomodó otra golpiza y Lucina salió junto con sus dos pequeños hijos de su casa, para no volver hasta después de muerto Roque el trece de julio al filo del mediodía.

Una se pregunta si esto es posible. Todo mundo lo daba por hecho y fue. En una de las visitas semanales del doctor Saldierna, sobrino del obispo de la Diócesis, examinó concienzudamente a Roque Santiago quien languidecía a ojos vistas. Su tez había adquirido un tono amarillo como si tuviera hepatitis, no quería hacer nada y no toleraba el alimento, ni siquiera el pulque. Lo llevaron a Tula para que le practicasen análisis y radiografías, no salió nada. Unos meses después lo trajeron a la ciudad

de México con los mismos fines y nada. Por supuesto, desde la primera consulta le mandaron sus complementos vitamínicos que sirvieron para lo mismo. De tanto en tanto pasábamos Rosario y yo a verlo, a veces nos recibía bien, a veces nos lanzaba una andanada de insultos, entonces le dejábamos las vitaminas en el umbral de su choza y nos íbamos.

La verdad, yo no estaba preocupada por él, pensé que se había asustado y por eso estaba así, que ya se le pasaría. Gustavo y Héctor Saldierna no pensaban lo mismo y tenían razón. Creo que Roque estaba muerto desde el momento en que su mujer le anunció que lo había medido. Para un creyente, la voz del sacerdote, brujo, chamán o como lo conozcan, es la voz de Dios o de su destino. Me imagino que de igual manera obran los milagros de Lourdes, Fátima y demás; el poder de la mente –no del brujo sino del que recibe el mensaje– es tal, que sucede. Deseo un milagro, sin fe para creer.

Consternados, sin dar crédito todavía, lo enterramos el mismo día pardeando la tarde. No mereció que lo velaran y lloraran por él las plañideras. Sólo su padre, una hermana, Rosario y yo lo vimos desaparecer bajo un montón de tierra, que de tan seca parecía pinole. Otro modo de hacer justicia, no cabe duda.

Al oriente de Ixmiquilpan arranca una carretera angosta que lleva a El Cardonal por un terreno plano, monótono; tierra árida y blanquecina que deslumbra mirarla al medio día, es el reino de la lechuguilla, los mezquites enanos, las alimañas; subiendo la sierra va a dar hasta La Pechuga ya casi en el corazón de la Huasteca hidalguense. San Nicolás es el primer pobladito que cruza esa carretera al salir de Ixmiquilpan, aquí se encuentra el Instituto Lingüístico de Verano; "los protestantes" diría el cura de Ixmiquilpan, yo agregaría: gente maravillosa que independientemente de estar de acuerdo o no en sus posturas religiosas, desde que el presidente Cárdenas los autorizó para asentarse en esas latitudes –más bien en México y ellos escogieron este lugar y el sureste mexicano– han dedicado su vida al estudio de las lenguas vernáculas. Fueron ellos los que elaboraron los diccionarios en las lenguas purépecha, otomí, tzotzil, etc. y sus manuales y cuadernos de enseñanza; de hecho todos los promotores bilingües del Patrimonio Indígena del Valle del Mezquital se formaron con ellos.

Está constituido por matrimonios, la mayoría jóvenes, algunas parejas de gente ya mayor y los niños nacidos por estas tierras. Casi todos viven en casitas dentro de los terrenos del ILV, pero varios lo hacen en el pueblo como los Sinclair. La gente recuerda que el barrio de El Cuartel era el más miserable y sucio de Ixmiquilpan, allí se asentaron y no predicaron con palabras, sino con su modo de vida, su don de gente.

La pareja, que nunca tuvo hijos, levantó con sus propias manos su casita de bloques de cantera y los que miraban pidieron ayuda que les fue dada. El Cuartel sigue siendo pobre, pero es otro mundo. No hay borrachos y sí muchas fiestas, gente trabajadora y amable que salió del analfabetismo; antes de ser evangelizados. Todas las casas son de cantera. Los Sinclair fueron los padres de todos ellos a falta de hijos propios. Esta versión la tomé de aquí y de allá, aun de los católicos más acérrimos.

Poco antes del ILV y casi enfrente de una pequeña iglesia dedicada a san Nicolás se encuentra el ranchito de las Hermanitas de José y María. Tienen conejos, pollos, un par de perros; tejen ayates y bordan blusas; asisten gustosas a las fiestecitas a las que son convidadas montadas en sus bicicletas y los días de plaza se van a vender los remanentes de sus productos. Su comunidad es de origen francés y de acuerdo con su fundador, viven, sólo viven, entre los más pobres de la tierra. Los tuaregs, los esquimales, los indígenas, imitándolos –en lo posible– en su forma de vida y métodos de ganarse el sustento. No puede haber más de cinco miembros en una casa. Todas estas medidas –aparentemente– no cambian las debilidades humanas. Modificando el programa original, ahora me quedo un viernes en casa de Bertha y otro con ellas. Me fueron presentadas por el padre Hylary, quien piensa debo volver a formar parte de una comunidad religiosa; ignora –aun cuando le platico todo como a un amigo– o más bien no le da importancia, al diablo que traigo dentro.

El camino es angosto y ese viernes vamos pedaleando duro en las bicicletas pues ya es noche cerrada y aunque las reglas de las Hermanitas no son muy rígidas en cuanto a horarios, necesitan rezar Completas.

Regresamos de una fiesta a la que fuimos invitadas en el pueblo; vamos todavía riéndonos de las ocurrencias de los anfitriones y cantando unas letritas en otomí. El tránsito vehicular es casi nulo, sin embargo,

vemos venir un camión o trailer con las luces altas que nos deslumbran y sentimos que nos va a atropellar, en la confusión nos orillamos a la derecha sin recordar la zanja que va de ese lado y caemos las tres al agua entre risas, gritos, bicicletas y un verdadero pandemónium. Nos levantamos todas mojadas y golpeadas... del camión sólo se ven a lo lejos las luces traseras.

Al otro día —a pesar de habernos bañado con agua muy caliente en la noche— no podemos movernos ni la hermanita Denise ni yo. Mandan buscar a un huesero de El Cardonal para que nos dé masaje y nos truene los huesos. Bertha le avisa por teléfono a Gustavo quien se deja venir a Ixmiquilpan de inmediato; casi llegan juntos el curandero y él. Cuando me toca el turno, este último insiste en estar presente y ayudar; el huesero —un ancianito— me da masaje, unos jalones por aquí, otros por allá (en un rincón, vigilante, una de las monjas de las dos que no asistieron a la fiesta, está presente cual estatua). Ahora la pomada y debo estar acostada cuando menos veinticuatro horas, indica el viejito. Gustavo diciendo y haciendo toma la pomada y empieza a darme un suave masaje... los hombros, el cuello, los brazos, las caderas, las piernas... y yo, que además tengo un poco de calentura por la mojada, me dejo hacer y me voy adormeciendo. Reacciono cuando oigo que Gustavo le responde alterado a la hermanita Ivette a algo que ella le dijo y que no alcancé a escuchar: —Le recuerdo Hermana que Andrea no es una monja y yo sólo estoy ayudando al señor. No obstante, ya me voy. Dormiré en el pueblo por si algo se ofrece.

Siento que fui ajena al espectáculo que escandalizó a la monja, sin embargo, se repite dos o tres veces más, en diferentes situaciones y escenarios que me envolvieron sin plena conciencia de lo que ocurría, como la vez que fuimos Lalo y Rosa, Bryan MacDougal (el canadiense enfermo de remordimiento por su participación en la guerra de Corea), Gustavo, otras compañeras y yo a bañarnos —en la noche— en uno de los tantos manantiales que brotan de los sabinos a la orilla del río. Entre risas y zambullidas: "yo te baño... ahora la espalda... ahora los brazos, un beso en la oreja jabonada" y la voz ríspida de Bryan, recordándonos que no estamos de luna de miel y los ojos maliciosos, calculadores de Lalo y una pena mía que no alcanza a mitigar lo frío del agua.

En las primeras visitas que hicimos a El Alberto íbamos en varios carros. Lalo y su mujer, Bryan, Hilda y yo –siempre cantando– en un Volkswagen de este último, que en las partes verdaderamente difíciles de la brecha –llenas de piedrones y zanjas mal rellenas, que con trabajo libran los camiones de Caritas– pasaba a velocidad de vértigo casi en dos llantas. A nuestro reclamo de que fuera más lento contestaba riendo que él era el experto, pues en Corea se había acostumbrado a manejar así, ya que los jeeps probablemente se voltearan y murieran, pero que si los coreanos los alcanzaban, seguro los mataban. Otros llegaban en diferentes carcachitas y Gus hacía su entrada triunfal con uno de los Balzaretti en un jaguar color miel, casi dorado.

En la primera oportunidad le manifiesto públicamente que no me parece correcta su actitud de llegar en un jaguar, considero –le digo– que es una afrenta para la gente que pretendemos ayudar que no tiene ni para comer y agrego otras lindezas que se me ocurren en el momento. Eduardo y la mayoría se me quedan viendo como si le hubiera mentado la madre; él rojo como la grana me da la razón, se disculpa y en adelante llegará en un Volkswagen azul cielo, olvidará su *sleeping bag* y dormirá, como todos, envuelto en sus cobijas y sobre un petate.

Gustavo me lleva casi quince años, es casado y padre de cuatro hijos; su esposa Verónica forma parte del equipo de El Cardonal. Es dueño de una tintorería famosa y de una compañía gasera. De procedencia y formación francesa, ya que sus abuelos llegaron con Maximiliano en el siglo pasado... hijo único de padres divorciados; su madre es alcohólica y ha tenido varios maridos de la edad de su hijo. Ingeniero químico, Gus para todos.

Ni en mis mejores años me consideré bonita, ni tan siquiera guapa, me acompleja ser delgada y tener los pechos grandes, miope por añadidura; mi estatura es regular, aunque doy la impresión de ser más alta pues el tronco es corto en relación con las piernas largas, soy zancuda. Me abruma la adoración de Gustavo y me falta valor y me sobran prejuicios para corresponderle, no entiendo porqué yo. Años más tarde él me dirá que "el amor es una elección involuntaria que no admite sustituto"; por alguna razón su química funcionó con la mía y sólo los

prejuicios que ambos veníamos jalando y mi falta de iniciativa impidieron que fuéramos amantes.

Opino que todos los seres humanos tenemos nuestro tiempo de amar, nuestra necesidad de dar y ser correspondidos y vamos lanzando mensajes por aquí y por allá –tal vez sin saberlo– y sucede como con los aficionados a la radio, alguien capta el mensaje y si es la misma onda ¡pues ya la hiciste! Si te ocurre una vez y te dura toda la vida ¡felicidades! Si no te sucede nunca ¡que lástima! Pienso también que te puede suceder varias veces, no creo en la teoría del amor único. Cada vez es como recuperar la inocencia, parte del paraíso, alcanzar el nirvana sin estar muerto.

Accedí biológicamente tarde a la pubertad, algunos meses después de cumplir los catorce años, en tres meses no tenía ropa que ponerme. No me interesaban los muchachos como tal, sí como compañeros de patines y bicicleta. Con una información sexual deplorable, de escuela de monjas y con la sombra intachable de mi abuelita sobre todas las mujeres de la familia... viuda a los treinta y tres años con siete hijos; nunca jamás puso sus ojos sobre otro hombre, su vestimenta negra dura hasta que cumple sesenta años, como diría ella: ¡Jesús, María y José! ¡qué horror!

Los años de militancia en el partido (el del viejo líder ferrocarrilero Valentín Campa y Vallejo) nacido de un cisma en el Partido Comunista Mexicano que fundaron Laborde y compañía, no me enseñaron nada respecto a los hombres. Todos éramos "camaradas" virtuosos y puritanos como todos los comunistas de fines de los años cincuenta... la causa necesitaba de todas nuestras energías, mismas que no podíamos desperdiciar en flirteos pequeñoburgueses y heme aquí, a poco menos de un año de haber salido del convento, con la presencia constante del Pico Pancho en la memoria; con el asedio sorprendente, tierno, pertinaz de Gus que, sin embargo, no me propone nada concreto –en ese tiempo– y según sus amigos más antiguos, mostrando una conducta inusual y hasta cierto punto ingenua. Piedra de escándalo para algunos y motivo de aprovecharse de la situación para otros.

Las Hermanitas de José y María sólo tienen tres pequeñas habitaciones, dos de las cuales me están vedadas: son la clausura. Cuando duermo con ellas lo hago sobre una especie de baúl grande de madera

que sirve para todo: banca para que se sienten las visitas, cama, ropero. Acompañan a la decoración de este cuarto tres sillas bajas con asientos de ixtle, una mesa donde comen, un pequeño librero y una imagen del Sagrado Corazón de Jesús, terror de mis pesadillas infantiles; no hay puertas, sólo unos lienzos colgados a manera de cortinas.

Llego como de costumbre, la hermanita Ivette nunca hizo mención de lo acontecido con Gustavo... es el atardecer de un viernes caluroso y sopla bastante viento, tres de ellas están afuera tratando de agarrar a los pollos para meterlos a dormir, las saludo y entro, con la confianza que me han dado, a descargar mi mochila. El viento es fuerte... la cortina de la puerta de uno de los cuartitos donde duermen las hermanitas sube hacia el techo impulsada por una ráfaga de aire, la hermanita Ivette y Margarita se están besando... un beso apasionado, en la boca.

Los días suelen ser largos en El Alberto, aun cuando medio día lo ocupe levantando encuestas. De alguna manera he convencido a varias madres para que me manden a sus niños en la tarde, jugamos y cantamos los mismos juegos de cuando era niña; bordamos, tejemos, les enseño los rudimentos de la lectura; ellos a pronunciar mejor lo poco que sé de otomí y se ríen porque no atino bien los tonos dando lugar a equívocos chuscos; me ayudan si me atoro en el telar de cintura... pero ahora es sábado. Todo está silencioso, pensaba ir a la ciudad a darle una vuelta a mi mamá, pero no tengo ganas. Estuve bastante distraída en las actividades mañaneras. Bertha me trajo en el jeep, como siempre, me dice que no haga nada, que descanse, seguro me quiere dar gripe.

Estoy perpleja, es lo menos que puedo decir. La noche anterior quedé paralizada –como fascinada– viendo a las hermanitas ensimismadas en un ritual erótico –como dos amantes– y yo mirándolas como una intrusa. Ni en cuenta me tomaron, bajó la cortina y yo salí huyendo al exterior, pues me sofocaba ahí dentro, sentí una mirada oblicua de la hermanita Ivette.

En la mesa, tomando nuestra frugal cena platicamos de cosas intrascendentes, trato de no verlas pero Ivette –la más agresiva– insiste en dirigirme la palabra y lo hace viéndome de frente, retándome con la

mirada; la otra come silenciosa sin levantar la vista. Desearía no haber visto, ya nada será igual en mis relaciones con ellas. No quiero volver.

No ignoro que existen estas relaciones, tengo veintidós años, yo misma soy bastante liberal, bueno al menos eso creía; estamos en la época de los hijos de las flores: ¡amor y paz! soy consciente de la libertad individual de elegir la opción que más te convenga y, sin embargo, igual que en el monasterio de las benedictinas, me vuelve a impactar la realidad de dos personas del mismo sexo haciéndose –de hecho– el amor.

Cierro la puerta con llave, en este sábado no deseo hacer nada, me tumbo en el catre; en un instante la memoria me lleva unos años atrás...

Recuerdo la soltura de trato entre todos los camaradas del partido, nunca se excedían –ni por asomo– más allá del compañerismo y si llegaban a gustarse de otra manera, se establecía públicamente el lazo afectivo y todos respetaban la pareja (y no me refiero con esto a que necesariamente legalizaran su unión). Al darnos la mano, sentíamos el lazo solidario de un ideal compartido.

Aún siento el brazo del camarada Lozada descansando sobre mis hombros... caminamos como dos amantes trasnochados por estas oscuras calles del viejo barrio obrero de la ex Hipódromo de Peralvillo, llevamos dos grandes bolsas: una con los carteles y panfletos que vamos a pegar en las paredes apoyando el movimiento ferrocarrilero, la otra con el bote del engrudo y las brochas. Son casi las dos de la madrugada... tengo las manos y los pies helados –sensación que me acomete cuando tengo miedo– tiemblo visiblemente. De cuando en cuando Lozada me da palmaditas en la espalda para tranquilizarme. Las calles de esta colonia –con ser arrabaleras– me parecen maravillosas con su luz mortecina del foco que cuelga solitario de unos cables en cada esquina, comparadas con las torcidas callejuelas sin pavimentar, llenas de lodo y suciedad, oscuras como boca de lobo, que acabamos de dejar atrás de las colonias Atlampa y del Hierro, allá, al otro lado de la calzada de Guadalupe. Casi íbamos a tientas tratando de no tropezar con las vías abandonadas que al igual que los vagones de ferrocarril que se ven o adivinan por todos lados, han perdido su uso original, ahora son viviendas de los más pobres.

No somos los únicos que andamos en estos menesteres, no menos de veinte parejas están en lo mismo y algunos haciendo pintas en las paredes de otros barrios de tradición ferrocarrilera como Tlatilco, No-noalco, la Guerrero... Tenemos instrucciones de abandonar brochas, bolsas y engrudo donde terminemos o si vemos que alguna patrulla se nos acerca, además, debemos abrazarnos como si regresáramos de alguna fiesta. No sólo corremos el riesgo de que la policía nos sorprenda y jale con nosotros –las represiones y cacerías de brujas están a la orden del día– sino de ser asaltados por la misma gente de la zona, los "lumpen" como diría Marx. La regla es: hora y media para recorrer esos andurriales y ni un minuto más, volver apresuradamente a la Garita de Peralvillo, donde unos camaradas nos esperan con una carcacha para darnos un aventón a nuestras casas. Esperan cinco minutos, si no llegamos a tiempo, nos dejan. El corazón me late con fuerza, pero Lozada, viejo zorro en estas lides, me calma con un apretón de manos o un "no pasa nada".

La tarde previa a cada rondín nocturno, el trabajo es intenso en las oficinas del partido que están ubicadas en la calle de Justo Sierra a unos pasos de la plaza de Santo Domingo: preparar rollos con los carteles, mecanografiar los estenciles, tirarlos en el mimeógrafo, preparar el engrudo... No soy –oficialmente– miembro del Partido Obrero Campesino Mexicano pues soy menor de edad y ellos son muy escrupulosos en eso, la ciudadanía se adquiere a los veintiún años, pero soy amiga de Valentina (hija mayor del viejo líder) y ella me avala. Este hecho me salvará, cuando derrotado el movimiento ferrocarrilero la policía arrasa el local del partido destrozando todo y llevándose los archivos con las fichas de los militantes, dando por resultado un montón de atropellamientos en los domicilios particulares y mucha gente en la cárcel.

Tengo año y medio de vivir con mis padres, les tenía podrido el hígado a mi abuela y a mi tía Anita por mis llegadas a altas horas de la noche. Opto por regresarme a "mi casa". No valieron de nada los años pasados en la escuela de monjas, los retiros espirituales a los que a veces asistía, organizados en el colegio y luego en el banco donde trabajaba; los consejos y sermones del padre Hylary; los pleitos con mi abuelita, las veladoras prendidas al Sagrado Corazón de Jesús, para ver si

cambio. Nada. No tengo remedio. Soy irredenta y ando sufriendo taquicardias por mi gusto.

Conocí a Valentina en una ceremonia que tuvo lugar en el Instituto de Intercambio Cultural México–URSS, en memoria de Frida Kahlo, al año de su muerte, allá por 1955, a la que asistieron, entre otras personalidades, Diego Rivera y su hija Ruth; se expusieron algunos cuadros de Frida y Diego dijo algunas palabras... un Diego vencido por la ausencia de su compañera. Otros oradores cantaron las glorias de los países socialistas. No sé quién me presentó a Valentina, pero al rato ya estábamos platicando animadamente: ¿qué haces? ¿a qué te dedicas cuando sales de aquí? ¿por qué quisiste aprender ruso? Todas esas preguntas –que con su colmillo– le fueron indicando si podía contar conmigo para su causa. Me simpatiza de inmediato, está en el último año de ingeniería nuclear en el Poli. Voy frecuentemente a su casa allá por el barrio de san Antonio de las Huertas. Aunque es muy joven, ya está casada con un maestro de matemáticas y de las mismas ondas políticas. No tienen hijos, la vida de los militantes es un torbellino entre pintas, empapeladas, mítines y discusiones sin fin, apenas tenemos tiempo para nosotros mismos. La cosecha de Valentina fue buena, varios condiscípulos del ruso andamos ahora en el partido. Cuando podemos nos escapamos –como hacíamos diario antes– a comentar y vacilar un poco en el café del Frontón México.

Desde muy pequeña fui una lectora compulsiva. Con lo que ahorrraba de mis mesadas compraba libros y mi tía Anita, además, me compraba todos los que le pedía... que la colección completa de Emilio Salgari ¡cómo no! con lo cual resultaba yo casi una experta en corsarios caribeños; todos los libros de Julio Verne y Charles Dickens; adoraba las trapacerías de Arsenio Lupin y las muy inglesas novelas de misterio de Agatha Christie; de amores e intrigas de dioses de la mitología griega ¡claro que sí! de espadachines dieciochoescos y caballeros medievales ¡también! y cuántos que se me olvidan. León Tolstoi y Anton Chéjov me introducen en los vericuetos del alma eslava y por supuesto me leo todos los libros de Ian Valtin y todo lo que encuentro sobre la Segunda Guerra Mundial. Dostoievsky llega a mi vida como a los catorce años...

leo y releo el pasaje de "El Gran Inquisidor" en *los Hermanos Karamasov*; siento el crujir de las duelas de los escalones con las pisadas de Raskólnikov, cuando regresa a matar a la vieja en *Crimen y Castigo*. Deseo saber más del alma rusa.

En una de tantas correrías por las librerías de viejo –recostadas en el lado oriente de la catedral– encuentro *La Madre* de Máximo Gorki. Creo que fue éste el libro que orientó mi vida. La editorial es soviética. Regreso como a los tres días y le pregunto al librero, un viejo que se ha hecho mi amigo, dónde puedo conseguir más libros de esa editorial. Me indica que en el Instituto de Intercambio, la dirección es en la calle de Edison –atrás del Frontón– pero me advierte que tenga cuidado, pues todos los que entran y salen del instituto –dice– están fichados por la policía. Son los tiempos de la guerra fría.

Nunca me lo hubiera dicho, creo que fue como la zanahoria enfrente del caballo. Me apersono y, efectivamente, me informan que si deseo aprender ruso conservando el anonimato, estoy en mi derecho de hacerlo, pero entonces deberé pagar la inscripción, el semestre y comprar mi material didáctico y no apareceré en los registros de la escuela; si por el contrario presento una identificación no pagaré nada, tendré acceso al material didáctico gratis y descuento hasta del cincuenta por ciento en los precios de los libros. La elección es obvia. Cuando se tienen dieciséis años la policía y sus redadas, el peligro que se corre, es algo casi abstracto, inasible.

Tatiana Kireeva es la maestra de ruso, llegó a México con Lázaro Cárdenas, cuando los técnicos extranjeros se fueron y vinieron algunos ingenieros rusos a Pemex. Ella e Iván forman un matrimonio no muy joven, sin embargo, sus dos hijos nacieron en el país; adoptaron una niña mexicana de tres años, que ahora tiene dieciocho. Viven en Mixcoac, su casa es modesta pero propia y tiene un grande y precioso jardín que ellos cultivan con esmero.

Las veladas en su casa son fuera de lo común... nunca invitan a todo el grupo, sólo unos cuantos cada vez, pero a mí sí y encantada asisto. Tatiana canta melodías populares rusas, Iván toca el piano, su hija Gloria la balalaika y si están los muchachos, el violín y el acordeón. Todo un grupo. Ella nos reparte unas hojitas con las letras y notas de las

canciones y nos invita a acompañarla; la conversación gira sobre todos los temas posibles, sobre todo literarios, pero la política es tabú, ni se menciona. Nos hace gustar delicias de la cocina rusa. Ellos están nacionalizados mexicanos.

Casi no hago pie de casa, las clases de ruso, las veladas con Tatiana, las sesiones de trabajo en el partido, las traspasadas con las pintas por los problemas del internado del Politécnico, de los telegrafistas, de los trabajadores del Cable Internacional de Teléfonos y el de los ferrocarrileros, nos tienen ocupados todo el tiempo. No hay lugar para estudiar, para ver teoría. Somos militantes nada más, soldados rasos... he ahí la falla. Tengo una discusión fuerte con Valentina, no entiende que no tenemos bases con qué defendernos (yo al menos, de Hylary Zimmermann). Dice que son tiempos difíciles, no hay tiempo para estudiar... casi nos exige fe ciega —como los dogmas de la iglesia y no lo resisto— no hay tiempo para actividades sociales, flirteos pequeño-burgueses... todos son puritanos y mojigatos a su manera.

El padre Hylary es otra constante, me habla a la oficina para ver cómo estoy, qué hago; me invita a "retiros", a tomar café y de paso me echa sus rollos encima. Sé y sabe que no tengo fe, soy incrédula de nacimiento, los dramas y melodramas cristianos me tienen sin cuidado, aunque respeto las creencias ajenas y las costumbres familiares de asistir todos en masa a bautizos, bodas, primeras comuniones, sepelios, etc. Hylary sabe que cuenta con mi simpatía y cariño a pesar de sus presiones; nuestras alegatas son al infinito... replicándole a todo que la Iglesia católica sólo ha demostrado en tantos siglos estar al lado de los ricos y ser tan corrupta e intolerante como cualquier otra institución. Él, regalándome libros de santos de todos los matices; algunos leo, otros no. Me impresiona un poco y se lo comento —craso error— la vida de un noble francés de fines del siglo pasado: disoluto, mujeriego, libertino, oficial del ejército francés en el norte de África, desertor del mismo por faldas, ateo... para terminar a los cuarenta y tantos años convertido en ¡eremita! viviendo entre los tuaregs y asesinado por ellos mismos. Dicen que buscaba la fe y, ya antes de su muerte, sus seguidores fundan una congregación de hombres y luego la de mujeres.

Me debato entre dos aguas, aparentemente todos los afanes de mi tía y mi abuela han sido en vano, pero sólo en la superficie. No dejo de preguntarme porqué carajo no soy como mis primas: tranquilas intelectual y emocionalmente, sin mayores problemas; las tres que hicimos la primera comunión junto con nuestro primo Miguel, estudiamos para secretarias. Una trabaja en Colgate, la otra en un banco; como yo. De su casa al trabajo, de éste al cine, al café, el novio y ya quieren casarse. Sólo de pensar en esa rutina y la perspectiva de casarme se me pone la piel de gallina.

El padre Hylary me dice que me conceda el privilegio de la duda, que a lo mejor estoy equivocada, que mi problema es de fe ¡hay que buscarla! la Iglesia también se ocupa de los pobres... Como no me siento del todo a gusto siendo sólo soldado raso con Valentina, aflojo la defensa. Recorremos juntos ochocientos conventos. Las únicas que no hacen cara de remilgo a mis objeciones son las benedictinas y las clarisas de clausura (supongo que estas últimas no tendrían muchas jóvenes que quisieran encerrarse de por vida). La hermana Anita es la maestra de novicias de las benedictinas, nos simpatizamos. Parece no importarle que le diga que soy atea, que no tengo fe, ni todas las andanzas de mi corta vida. Dice que estarían encantadas de recibirme, que si no me gusta, puedo salirme cuando yo quiera.

Mi familia encantada ¡pero cómo no! la oveja negra se va de monja: hay que lanzar cohetes y coheteros desde la azotea. Por un tiempo seré el adorno de la familia, la visita obligatoria de cada mes al monasterio. Después se rasgarán las vestiduras preguntándose qué pasó, porqué abandoné tan lindo lugar si tenía yo todas las comodidades, si era de las preferidas de la madre superiora... ¿Por qué? Preguntas sin respuesta, que yo tampoco tenía y que sólo ahora empiezo a ordenar.

Cuando ingresé con las benedictinas era una comunidad chica, podría decirse, cincuenta hermanas; más de la mitad "gringas", originarias de Mount St. Bernardo de Idaho, y con poco más de veinte años en México. La madre Edwina es la superiora, maneja con mano férrea su reino. La regla principal de san Benito es practicar "el justo medio". Es una utopía, una mentira; quién puede estar en el justo medio, eres o no eres, a pesar de los infinitos gradientes.

El monasterio ocupa casi una manzana, dividido en tres lotes que albergan el noviciado, la casa madre y la casa donde viven las profesas de votos perpetuos recientes; comunicadas por pequeñas puertas en las bardas y sendos jardines. En el noviciado, además, hay una huerta donde las novicias sembramos toda clase de hortalizas y flores; tenemos también algunos árboles frutales. En el noviciado, al menos, impera la disciplina; nuestra vida transcurre entre el estudio y lectura de *La Biblia*, latín, la regla monástica, las costumbres, el intrínquilis del Oficio Divino con sus clases de música y canto gregoriano, los quehaceres domésticos y la huerta; además, nos toca cocina en la casa madre por semana, servir las mesas o leer en voz alta en el refectorio durante las comidas.

Dos medias horas de recreo rompen la monotonía y el silencio de lunes a viernes, mismas que aprovechamos para jugar beisbol o andar en bicicleta después de la comida o en juegos de salón o sesiones de costura en la noche, después vamos a la capilla a cantar Completas y empieza el "gran silencio".

Nadie quiere ser portera, no en el sentido literal, pues en el noviciado nunca se abre la puerta de la calle, sino de guardar puertas y ventanas... apagar luces y ver que todas las novicias, incluida la maestra estén en el noviciado y no queden fuera... dicen que les da miedo la oscuridad. Me ofrezco y soy portera, además de cantora –predilecta de la madre Edwina, para las grandes fiestas religiosas– del Oficio Divino, junto con la hermana Gertrudis, durante los casi tres años que vivo en la comunidad.

Los seres humanos somos animales de costumbres, dicen y creo que tienen razón; las costumbres, la rutina, los rituales prosaicos e intrascendentes, te envuelven en una comodidad-seguridad que te atrofia en todos sentidos y para salir ¡vaya si te cuesta! a pesar de mi incredulidad por todo lo que las clases de religión y dogma tratan de meternos en la cabeza, me busco una posición cómoda y no discuto nada de las tonterías que oigo, sólo escuchó. Dice el padre Hylary que la fe vendrá cuando menos lo piense, que sea dócil. Lo intento al menos.

El calendario de un monasterio está poblado de fiestas y actos que rompen un poco la monotonía de la vida. Nos preparamos para Pascua de Resurrección durante todo el tiempo de cuaresma; cuarenta días de

silencio absoluto, sin visitas; trabajo intenso; ensayamos hasta que nos sale perfecto el Oficio Divino y la misa de medianoche... el sacerdote encabezando la procesión –con sus mejores galas– y un grueso cirio pascual levantado entre sus manos... toda la capilla a oscuras y él entonando: "*Lumen Christi... lumen Christi...*" cada vez más alto; la misa solemne y los maitines no sólo salmodiados sino cantados, el clímax con el canto gregoriano; las confituras y pasteles para nuestros familiares que vendrán de visita; limpiezas a fondo agotadoras; la mente no trabaja en sus propias ondas, al menos eso se pretende. Ritual similar para Navidad, culminando también con la capilla a media luz, entonando –casi en un susurro– pianísimo como diría la maestra de música: Noche de paz en alemán, en honor de las primeras benedictinas llegadas a América de ese país; se hace la luz esplendente y la misa solemne, finalizando con el canto de los maitines. Nada de música polifónica, puro canto gregoriano que te envuelve, adormece... anula tu voluntad con su salmodia hipnótica acompañada de genuflexiones y toda esa liturgia, te arrulla como una madre aterradoramente posesiva y celosa, confundiendo el sentimiento estético con una vocación real.

Así, una serie de celebraciones pagano-cristianas, mexicanas y gringas no te permite pensar, sólo sobrevivir en un mundo que no es más ni menos que cualquier grupo humano, con sus miserias, intrigas, odios y amores; el Día de Acción de Gracias comemos pavo, elotes y pasteles de calabaza; hacemos donas de todos los estilos para san Valentín; calabaza en tacha, romeritos, bacalao y todo eso para los muertos con su altar adornado con papel picado y flores de zempasúchil; celebramos las fiestas patrias de ambos países ¡sí como no! también festejamos a san Patricio y llenamos el convento de tréboles y cosas verdes y no se diga a la Virgen de Guadalupe, nos pasamos la noche entera en la Basílica y casi nos subimos a la azotea a tirar cohetes y coheteros.

Las monjas con sus hábitos "que las guardan del mundo" parecemos palomas (sobre todo las novicias por el velo blanco y el dobléz especial del mismo) a punto de alcanzar el paraíso con unos cuantos aleteos, pero nuestras debilidades sólo están agazapadas, distraídas... esperando su oportunidad para manifestarse.

Es la primera vez, después de la toma de hábito y cambio de nombre, que voy a entonar los salmos desde mi sitial y cantaré las lecciones desde el atril en el centro de la capilla toda a oscuras, sólo iluminado el centro y los coros. La madre Edwina y la hermana Andrea lo ensayaron a conciencia, como lo hace con cada novicia que se estrena en el canto del Oficio Divino; tenga voz o no. "*Deus in adjutorium meum intende*" y el coro de enfrente "*Domine ad adjuvandum me festina*" el tono debe ser alto y cada que empieza un salmo distinto, distingues el silbatito de la superiora dando el tono. Dormida lo he cantado, no encuentro dificultad en el manejo del breviario y menos en seguir el tono, hago las genuflexiones indicadas y me dispongo a entonar... no me sale la voz, lo intento varias veces y siento la mirada expectante de ambos coros sobre mí, el silencio es aterrador y varias veces oigo el silbatito. Me suelto llorando como una niña y la superiora da la orden a otra monja para que entone, va por mí y abrazada me lleva a sus aposentos, entre pucheros y consuelos me dice que me pasó eso por soberbia, que debo llegar al Oficio Divino con humildad. Yo pienso, una vez calmada, que me dio un ataque de pánico escénico –que nunca me volverá a ocurrir por más soberbia que tuviera encima al entonar y cantar en las fiestas solemnes– y con mucha cortesía me desprendo de la madre Edwina que me apapacha con exceso. No doy lugar a más y regresamos a la capilla donde empiezo a entonar como si lo hubiera hecho toda mi vida.

La hermana Michel entró conmigo, junto con la hermana Rosa, un 8 de diciembre, era la más joven de las tres, quince años contra diecinueve míos y veintiuno de la otra. Gemela como gota de agua de su hermana Emma, quien la acompaña junto con sus familiares y los nuestros en esta ceremonia; bonita como una virgen española, pero machorra como un demonio. Es la que cambia focos, pinta paredes, lija muebles, compone persianas, arregla tuberías, maneja como energúmeno y varias actividades para las cuales me declaro totalmente incompetente. Alumna del colegio de las monjas, amiga de la hermana Plácida, por quien entró al monasterio, inteligente como pocas. Haremos mancuerna para montar las obritas de teatro, que con motivos diferentes ponemos en escena de cuando en cuando: *José y sus hermanos... Esther y el rey*

Asuero... etc., redactamos los guiones, pintamos las escenografías, luces, sonido, vestidos, pero no actuamos, sólo dirigimos.

Las dos, además, hablamos dormidas para regocijo de las que nos escuchan y nos contamos divertidas nuestros ataques de sonambulismo cuando éramos pequeñas y alguno que otro ya de mayores. Nos reímos –sin remordimientos– de las confesiones prosaicas y ridículas de las monjas en los *Misereres...* confesiones públicas que de cuando en cuando se le ocurren a la superiora y que se inician con una larga letanía (que sólo entona la reverenda) después del rezo de Completas y que vamos salmodiando mientras nos dirigimos al refectorio; esperamos con angustia el dedo índice de la madre Edwina, que si se detiene en tu persona ¡ya te arruinaste! La hermana elegida debe pasar al centro y decir todas las faltas en que haya incurrido. Pensaba yo entonces en qué podía hacer ahí encerrada ¡qué equivocada estaba!

Michel y Plácida siempre que tienen oportunidad andan cuchicheando por los rincones, indebidamente, pues las postulantas, novicias y escolásticas (votos temporales) no pueden platicar con las monjas profesas (votos perpetuos) y menos entablar amistades particulares, pero como no somos las superiores, ni nada que se le parezca, todas nos hacemos de la vista gorda.

Después de mucho estira y afloja, las tres que entramos juntas vamos a hacer votos temporales. Ya no seremos más palomas, ahora llevaremos velo negro igual que las profesas, pero seguiremos viviendo en el noviciado. Estas ceremonias siempre son solemnes, va a recibirnos los votos el arzobispo Darío Miranda, terminará con un *Te Deum laudamus te*; después desayunaremos con nuestra familia y todo el día será de fiesta. Mientras, permaneceremos tres días separadas de la comunidad meditando en lo trascendental del paso que vamos a dar...

Muy temprano, una monja profesas nos ayudará a cada una a vestirnos la túnica blanca, la corona de flores, los cirios adornados y estrenaremos hábitos con velo negro después de hacer los votos; nos cambiaremos mientras Darío Miranda da un discurso a los asistentes. A Plácida le tocó o pidió ayudar a la hermana Michel; Mary me está colocando la corona de flores en la cabeza y encontramos que no tenemos pasadores; vamos las dos a buscar unos con Plácida; está sentada

en la orilla de la cama y Michel de pie junto a ella, porta ya la corona de flores con el velo que le cae por la espalda y la túnica blanca, que está abierta por el centro –junto con la camisa interior– dejando fuera unos pechos sin sostén, cuyos pezones Plácida lame con ternura: como el mejor de los amantes; en la capilla las hermanas están cantando Sexta y Nona, horas del Oficio Divino previas a la ceremonia, como música de fondo para el amor; nosotras sobramos en ese cuarto, ellas están en éxtasis; nos retiramos apenadas y confusas, sin comentarios, con las manos heladas, tartamudeando... Minutos después estamos ofreciendo cada una, en voz alta, nuestros votos: estabilidad en el monasterio, obediencia, pobreza... y castidad.

Nunca he perdido mi capacidad de asombro, tanto para mis propias reacciones como para las ajenas ante situaciones fuera de la frontera de lo previsible. Toda la gente tiene sus propias reglas por las cuales se rige, buenas o malas –en última instancia no importa– y en el momento en que debían servirnos de directriz se borran de nuestra memoria, sencillamente no existen y la condición humana se impone con todas las libertades y al mismo tiempo con todas sus limitaciones. Muchas veces me he preguntado porqué mi azoro, mi desajuste emocional rayando en lo ridículo al ver a dos mujeres en un ritual erótico-amoroso; yo que soy tan complaciente con las faltas propias y ajenas, siempre encuentro una excusa: "es humano", es lo menos que digo. Nunca he sido rigorista, sólo con las cuestiones de fe, de dogma y creo que de chica era por ver la cara de asombro de mi abuelita y de las monjas de la escuela, por fastidiar diría yo, creo que gozaba con sus caras de escándalo. ¿Habría reaccionado igual, si en vez de Plácida hubiera sido un hombre? tal vez no.

Si hubiera encontrado una amiga que quisiera llevarme por los caminos de Lesbos ¿cuál hubiera sido mi reacción? ¿me hubiera salido corriendo? ¿la hubiera golpeado o me hubiera quedado paralizada por el terror o por el placer? No sé, claro que hablando de supuestos está uno bordando en el aire. Quizá mi respuesta negativa ante un hecho no usual –al menos para mí– es la misma de Bryan MacDougal al vernos a Gus y a mi bañándonos como dos amantes. Quizás no es el hecho de que sean

mujer con mujer u hombre con mujer, sino el exhibicionismo. Pero ellas no se estaban exhibiendo, irrumpimos en la escena sin pensarlo. Michel y Plácida no se dieron por aludidas, no hubo agresión para las mironas, como si no hubiera pasado nada la vida siguió su curso en el monasterio; por mi parte una sensación de vértigo me ha acompañado siempre al recordar estos hechos que de una u otra forma cambiaron mi relación con la gente que participó en ellos.

Y aquí tumbada en el catre de lona pienso que las mujeres somos como los frutos, cuando maduramos nos cortan o caemos solas, el dilema es con quién; respeto a estas personas, pero indudablemente no es para mí esta vía. Me gusta pensar como Platón cuando dice que en la antigüedad había tres sexos: los hombres, las mujeres y los andróginos. Estos últimos eran más fuertes y Zeus, para dominarlos, los dividió y su castigo en adelante sería buscar su otra mitad, su completud y como ironía, probablemente como una travesura perversa del mismo Zeus, no todos los que tienen pareja han encontrado su completud, su *alter ego*. Seguro que desciendo de un andrógino.

Me duermo arrullada por los grillos o algo por el estilo, cuyo canto me adormece en las noches, son como rechinidos –tal vez reclamamos de amor– chrrrrrr... y otro contesta por el otro lado chrrrr... chrrrr... estoy segura de que se llaman; el lunes voy a esperar al profesor Ezequiel Cornejo que viene con muchachos de Ciencias Políticas en un camión de la UNAM, quedé de verme donde se junta la carretera que viene de Tula con la de Laredo, en el Tephé para ser exactos. Después iremos a El Alberto, haremos un recorrido con Rosario; los muchachos preguntarán, comprarán ayates burdos y finos, tal vez blusas; llenarán sus libretitas de apuntes, tomarán algunas fotos y regresarán encantados con material para sus clases de antropología social. Cornejo también quiere que le presente a los del Lingüístico de Verano y a las Hermanitas de José y María.

Hace dos semanas, el día de la Bandera, vinieron todos mis amigos de Investigaciones Sociales de la Universidad, comandados y dirigidos naturalmente por Cornejo y por Jorge Moreno, con sus familias, en un camión de prácticas de la universidad que con trabajos superó

los hoyancones de la brecha. Gustavo le encargó a Odilón San Juan que matara tres borregos y nos hiciera una barbacoa de hoyo con todo su acompañamiento: salsas, nopales, frijoles de la olla, tortillas de comal y el consabido pulque. Rosario, su hija y dos mujeres más serían de hecho las anfitrionas. Sólo estuvimos Gustavo y yo para recibirlos.

Por supuesto, todo mundo se apresura a informarme –aunque ya me doy cuenta– que el Pico Pancho no viene, no quiso venir; me manda decir que no tenía ningún asunto que arreglar acá.

Gustavo se entiende de maravilla con Cornejo y con Moreno y les comenta de unas ruinas que descubrí camino al Dexthí cuando fui a visitar a "los protestantes". Ellos de inmediato quieren verlas, Gus les saca la promesa de no difundirlo pues piensa que los del INAH van a echar a perder la zona; nos ponemos en camino para regresar a tiempo de comer. Nos acompaña un sobrinito de Rosario: Pablo, de unos trece años.

Vamos platicando que los habitantes de El Alberto guardan celosamente la existencia de tales ruinas, probablemente porque siguen haciendo ofrendas y ceremonias al sol, a la luna; con mazorcas de maíz, semillas diversas, copal... En mis diarios recorridos para levantar la encuesta, desde un jacal más elevado, vi lo que me parecieron restos de pirámides truncadas, escaleras y algo colorido en la cúspide que no alcancé a definir qué era. Se lo comenté a Rosario, pero me contestó que no había nada, que el sol nos juega bromas y por supuesto de regreso, eludió hábilmente el lugar. No quité el dedo del renglón y a los pocos días, en uno que Rosario me dejó sola, rehice el camino desviándome por donde calculé que estarían y ¡oh sorpresa! ahí estaba la primera. En realidad era una pequeña colina cubierta –como todo– de cardones, mezquites, cactus varios; pero dos tramos de siete escalones cada uno arrancan del lado oriente y en su base dos cabezas perfectamente conservadas de serpiente emplumada, hermosamente trabajadas; arriba ofrendas colocadas en forma de sol y de luna adornadas con listones de lana de colores, sahumerios, flores y restos de cirios.

El sol es abrasador, Cornejo –lo sé– no está bien del corazón, llegamos y él casi desfallecido, pero feliz por el hallazgo. Sentados en lo más alto de la escalinata tomamos un respiro, Pablito está dos escalones abajo de Gustavo y contempla embelesado sus botas finas

color marrón; ellos platican y yo escucho como lega en la materia y sigo –como en cámara lenta– el movimiento de la mano de Pablito que, acaricia tierna, delicadamente las botas, con la yema de los dedos como si temiera que se rompieran, como tocar un sueño... Gustavo que siempre está atento a lo que hago o digo, sigue mi mirada y los tres quedamos atrapados en ese acto.

La noche anterior llego Gustavo solo, fuimos acompañados de Rosario a bañarnos al manantial para que se refrescara del viaje; retornamos a la casita y mientras ella nos prepara un café para acompañar los bizcochos que nos trajo, esperamos afuera, él sentado en la banca adosada a la pared yo en una silla baja, a su lado. La luna es menguante, pero suficiente para delinear todos los detalles del paisaje, de un paisaje sin luz eléctrica, lunar; las estrellas susurrando vida... algo me platica Gustavo, no sé qué, su mano me está acariciando la nuca, las orejas, los hombros; suavemente, como sólo él sabe hacerlo, como si temiera romper el encanto de ese momento, sólo con las yemas de los dedos... como Pablito ahora.

Pablito, Gustavo y yo pertenecemos al mismo equipo, somos primarios... empíricos, necesitamos experimentar: sentir, palpar, gustar, lamer, tocar, oler; es parte de sentirnos vivos, tal vez por eso nos entendemos tan bien. Las botas llegarán unos días después para Pablito, no así lo que Gustavo espera que yo le ofrezca; sin saberlo está sembrando y preparando el camino que recorrerá otro...

El equipo en pleno ha llegado a El Alberto, es Semana Santa, en la escuela y la casita los instalamos lo mejor que podemos; con sábanas habilitamos cortinas, una de las aulas queda convertida en flamante consultorio para Héctor y su novia, que es enfermera y lo asistirá todos esos días; mi catre se lo cedo al padre Hylary quien dormirá en la sacristía de la iglesia; también han venido tres familiares de Pepe Luis Cordero que nos enseñarán los secretos de la elaboración de los huaraches durante dos semanas. Nos organizamos perfectamente para ver quién guisa, quién lava trastes, quién manejará despensa, bodega y dispensario; a qué horas nos iremos a bañar las mujeres al manantial y a qué hora los hombres; todo parece estar en regla.

Dos semanas antes avisamos a la gente que tendríamos los servicios completos de la liturgia de Semana Santa en la iglesia, cosa insólita para El Alberto. Bajaré gente del Dexthí, subirán de Tlacotlapilco, Santa Ana Bathá y del Tablón, además, como estará el "doctorcito" la romería será interminable esos días. Bertha O'Connors nos envió unas despensas especiales para esta fecha y se regalarán —como excepción— después de la misa de Pascua. La explanada entre la iglesia y la escuela o el espacio entre la puerta lateral del atrio y mi casa están llenas de niños que juegan y cantan ruidosamente. Cuando llegué en diciembre eran niños adultos, solitarios, mustios, no jugaban en grupo; ahora, después de tantas tardes de jugar juntos se comportan como lo que son: niños.

Recuerdo las primeras veces que hacía el camino a Ixmiquilpan sola; el silencio no es que fuera total, se percibía el zumbido de los moscos, mis propios pasos, el tum, tum de mi corazón, el susurro de los matorrales cuando sopla el viento, de vez en cuando la flautita de carrizo de los niños pastores de chivos o de borregos, el cascabeleo y silbo metálico de las víboras coralillos y cascabeles —que yo nunca vi— pero que abundan, pero todo más bien como el acompañamiento del silencio; me sobrecogía un sentimiento de tristeza cuando, confundidos entre las piedras y el polvo, aparecían niños lánguidos y terrosos, tristes, callados, con una media sonrisa tímida en sus caritas; les tocaba la cabeza o se las sacudía, de tanto tocarlos ahora somos amigos. Con los "protestantes" aprendí algunas tonadas en otomí; su música no es original, sólo les pusieron las letras. Una particularmente bonita es "Deni canela" (Flor de canela) de origen purépecha pero adaptada, de melodía lenta y melancólica, pero bonita. La cantamos invariablemente por las tardes hasta que nos sale bien, es la que más les gusta. A veces, aunque no los vea, cuando ando por las veredas de este fin de mundo, los oigo cantar...

Bryan los organiza y durante estos días él juega con ellos, cantan, rezan a coro y organizan algunas competencias con diversos premios para los ganadores. "Dios te salve María" ... "Padre nuestro que estás en los cielos" ... y lo repiten machaconamente una y otra vez. Me recuerdan mis años de doctrina sabatina en la iglesia de san Rafael Arcángel:

La casa de mi abuelita Miquita era el refugio de todos los desamparados de la familia, ahí vivía yo como una reina tirana desde los cuatro

años, mi tío-primo Miguel, primo porque sólo me llevaba dos años y se me hacía horrible decirle tío e inventé que era mi primo, pero en realidad era hijo de mi tío abuelo Manuel, hermano de mi abuelita que en la familia le apodaban "el brujito", porque ya llevaba su cuarto matrimonio y decían que sólo con brujerías podía conquistar a sus mujeres, pues estaba muy feo; Miguel "el pájaro" que siempre anda chiflando, era uno de los cinco hijos que tuvo con su segunda mujer y quería que se educara bajo la mano férrea de su hermana Mica; él llegó cuando yo tenía como siete años, mucho más adelante llegaría mi prima Aída. Entonces vivíamos ahí: mi abuelita Micaela, su hermana Anita (mi madrina de bautizo y quien sostenía la casa y a sus huéspedes), la mamá de ambas, Juanita –mi bisabuela– mi tía Rosa, la hermana menor de mi mamá, soltera todavía y quien sólo me llevaba doce años y nosotros. En el patio, muchísimas macetas con plantas de sombra; mi abuelita tenía unos alambres tendidos sobre las hileras de macetas y cuando el sol caía sobre ellas, corría unas telas a manera de visillos o cortinas "para que no se quemem". Por mi parte, me encantaba comerme las flores ácidas, coloraditas, de unas plantas de hojas ásperas verde oscuro y con vellos rosados por el revés, que nunca he sabido cómo se llaman; era comedora de flores, me gustaban los pétalos de rosas, también las "nubes", florecitas blancas que mi abuelita ponía acompañando a los gladiolos para el Sagrado Corazón; una pileta con peces gordos azules y anaranjados y atrás un corral donde Juanita criaba pollos y guajolotes que de cuando en cuando nos comíamos, ¡ah! tres jaulas con pájaros: gorriones, canarios y un verdín de cuyo cuidado yo me encargaba. Les cambiaba el papel, les ponía su agua para que se bañaran, otra para que tomaran, según el caso les ponía mosco o alpiste, ramos de flor o vaina de nabo o de pirul, plátano macho, manzana, papaya o durazno en rodajitas; para que cantaran bonito. Platicaba con el verdín, quien me saludaba picándome el dedo por entre los barrotes, los otros me ignoraban.

Toda esta flora y fauna vivíamos en armonía y contento en casa de mi abuelita.

Desde los cuatro años aprendí a leer en el jardín de niños, a fuerza de jalones de oreja y golpes con la regla propinados por una matrona gorda vestida invariablemente con un traje sastre color ciruela, que

fungía como maestra. Faltaba poco para terminar el ciclo escolar cuando me fracturé el brazo derecho y dejé de ir a la escuela unos meses, repetí el "kinder" y entré a los seis a la primaria. Ese tiempo me sirvió para hacerme más consentida y remilgosa en el comer; en leer los periódicos que mi abuelita me ponía sobre la cabeza para despertarme y yo gustosa leía en la cama. En el curso del día me gustaba leérselos en voz alta, así como todos los libros que encontraba en mi camino aunque no entendiera nada o los interpretara a mi conveniencia. Eran tiempos difíciles, estábamos en plena Guerra Mundial.

Nos mandaban a la doctrina los sábados, sólo íbamos a jugar bajo las bancas de la iglesia: canicas, yoyo, balero, trompo, matatena con huesitos de chabacano que nosotros pintábamos con anilina y ahí abajo, oíamos la voz del padre Carlos desde el púlpito: —Esa niña Andrea y su primo Miguel que dejen de jugar. ¡Castigados! uno en cada confesionario —adentro— y voy a mandar un recado a su abuelita. Nos valía, era puro jugar y aprendernos en un minuto lo que los demás tardaban una hora, para que lo repitiéramos como loros y nos perforaran nuestro carnet y tuviéramos derecho a los juguetes de día de Reyes, era lo único que nos importaba. Miguel y yo teníamos como treinta o cuarenta títeres y con Raúl Sancho —un vecinito— que aportaba otros tantos, habíamos habilitado una caja grande de madera en pequeño teatro, me fascinaba ser el diablo o una sevillana con vestido de olanes, que acompañábamos de toreros y diablillos. Por supuesto cobrábamos la función, a los otros niños, a dos centavos.

Por esas fechas fue cuando empecé a "atormentar" o "acatarrear", según sus palabras, a mi abuelita: "Abuelita, ¿quiénes son los judíos?" "Abuelita, ¿verdad que Dios es muy malo?" "Abuelita ¿a los judíos los hizo otro dios?" "Jesús no es Dios abuelita, ¿cómo dices que lo mataron! ¿no dices que Dios nos hizo? entonces no se le puede matar" "Abuelita, ese Jesús del rincón me da miedo, si fuera bueno no me daría miedo; me está espionando" y mil cosas por el estilo. El Jesús del rincón era una talla italiana de madera como de unos cincuenta centímetros que le regalaron a mi abuelita cuando se casó, con ojos de vidrio y pestañas. Ella lo tenía en una repisa en un ángulo de la sala, con flores y una veladora permanente; flores también en la mesa de centro —que yo me comía— esqui-

nada se encontraba una poltrona donde leía la sección de política del periódico ¿por qué la de política y no la tira cómica? no sé, pero era la única que me gustaba leer, base y fundamento de todos mis cuestionamientos.

A mi tía Anita le hacía gracia que sólo leyera la política y le decía a mi abuelita que no me hiciera caso, son cosas de niña; decía. Cuando empecé a levantarme dormida y despertaba llorando en la poltrona, se empezó a preocupar y me escondían el periódico, pero de alguna manera siempre lo encontraba y lo leía.

Resulta que yo dormía en la cama matrimonial de mi abuelita, una cama bellísima de latón con incrustaciones de concha, inmensa como alberca o a mí me lo parecía, con colchón de lana y una almohada larga como tubo que colocaban alrededor de mi cuerpo como una herradura –pues siempre tenía frío– después de frotarme las piernas con alcohol preparado. Ese dormitorio tenía una serie de muebles que no entonaba con el resto de la casa, sobreviviente de los primeros años de casada de mi abuela. Mi cama de latón, del mismo material que la de Juanita pero individual, un secreter donde después haría mis tareas escolares, un ropero altísimo de dos puertas con lunas francesas y copete labrado y dos cajoncitos como de juguete; abajo, una máquina de coser Singer del año en que amarraban a los perros con longaniza, dos rinconeras, un tocador también hermoso con su banqueta, un closet y la bisabuela y la bisnieta como moradoras de ese reino mágico, hermanadas en las travesuras por la senilidad de una y la primera infancia de la otra...

Cuando esta niña se dormía bajaban el volumen de la radio y mi abuelita regañaba a su mamá como si fuera chica si me hacía ruido, pero seguramente lo que leía lo traía dando vueltas en la cabeza, pues dos de cada tres días me despertaba el frío de la madrugada y al abrir los ojos lo primero que veía era al Sagrado Corazón mirándome a la luz parpadeante de su veladora. Por supuesto daba unos berridos como si me estuvieran matando y la carrera –desde la recámara de las hermanas– de mi tía Anita, quien me llevaba cargando y consolando a mi cama, ya era célebre; me preguntaba porqué me levantaba, porqué lloraba e invariablemente le contestaba que por los judíos... "Soñé que soñar soñaba, muriendo cada noche en carreteras solitarias, en regaderas que nos

ahogaban y sin saber porqué, muriendo una vida que no era mía y sin embargo, lo era, por el recurrente, repetitivo y agónico tema de los sueños..."

—¡Pero si no sabes ni quiénes son los judíos hijita! no llores. No sabemos si lo que dicen los periódicos es cierto, Alemania está muy lejos, la guerra está muy lejos. Además, Dios no permite que pasen esas cosas. Ya no vas a leer los periódicos, sólo te llenan la cabecita de cosas que te ponen nerviosa.

Me arropaba, me besaba y no se iba hasta que aparentemente me dormía. Estas pesadillas que culminaban con mi desplazamiento, dormida, al sillón ubicado frente al Sagrado Corazón, duraron como unos tres años, después nunca más se repitieron. Mi tía Anita fue como mi segunda madre, me tenía una paciencia infinita y un cariño a toda prueba.

Por supuesto, cuando veía que mi abuelita se estaba enojando por mis impertinencias, corría a la sala, prendía un radio grande antiguo que teníamos, rápido buscaba la estación de música clásica —que sabía le gustaba— o le ponía su disco de *Coppelia* para que se acordara de mi abuelo Lucas, de cuando lo conoció en un baile al que fue, casi niña (catorce años) allá por el pueblo de Tlalpan en una casona de Peña Pobre; la traía jalando de la mano y la sentaba en mi sillón (ella como que se resistía, aunque el ritual se repitió casi a diario durante unos tres años) me trepaba al brazo de la poltrona y le rascaba la cabeza, la peinaba; mientras le daba sus besos. Toda una manipuladora pienso ahora...

Y todo esto porque veo a los niños de El Alberto repitiendo con un sonsonete machacón los padrenuestros y las avemarías de mi infancia; quién sabe lo que representen para ellos, quizás nada o sólo la promesa de unos juguetes, unos dulces... Los adultos tendemos a simplificar la vida y el pensar de los niños, pero ellos no sólo reciben la información, sino también la procesan y sacan conclusiones a su manera.

Los primos de Pepe Luis Cordero llegaron con todo lo necesario para enseñarnos el arte de la huarachería: las hormas, las vaquetas, los moldes, el sinfín de cuchillos —cuyos nombres se me han ido de la memoria— las hojas de hule para las suelas y lo mejor, su voluntad de hacer de sus alumnos expertos huaracheros. Se acondicionaron dos au-

las de la escuela, una como dormitorio para ellos tres y otra como taller. Sus alumnos: unos catorce hombres y tres mujeres, incluyéndome. Nos llevan de la mano paso a paso, aunque muchos de los hombres de El Alberto ya hacen huaraches, pero no son comerciales por burdos, tienen una correa cruzada a un lado del talón que casi te deja sin él, sin gracia, no adelgazan nada la vaqueta, es como si trajera uno moldes de hierro en lugar de huaraches. Nos enseñan a cortar las tiras bien delgaditas para trenzar, a adelgazar la piel con una especie de espátulas filosas y a golpearla con unos marros para que ablande y no esté acartonada, a hacer las perforaciones por donde pasarán las correas en la suela, en las taloneras y en los empeines; montar y trenzar las correas ya en las hormas y luego pegarles la suela de llanta.

Gustavo habla con todos los asistentes al curso y les pregunta si realmente quieren, como cosa adicional para allegarse fondos, dedicarse a los huaraches –tal vez por las tardes– todos están de acuerdo y forman una especie de cooperativa; de entrada Gustavo compra todo el equipo y material como para cincuenta pares de huaraches y lo dona a la incipiente cooperativa. Los Cordero, de León, Guanajuato, se comprometen a venderles todo lo que vayan necesitando a buen precio, para que se encarrilen. Pepe Luis y ellos no quieren, pero ni oír, sobre su paga de dos semanas en El Alberto. Nos enseñan gratis. Todo es maravilloso hasta que a fines de la segunda semana casi me degüello el pulgar de la mano derecha; se me volteó un cuchillo curvo y parecía que acabábamos de degollar no un dedo, sino a un toro. El doctor llegó corriendo y me puso un torniquete; yo casi desvanecida, pues al ver tanta sangre me dio un vahído, Gustavo, pálido como muerto, queriendo traerme a México. Total me dieron cuatro puntaditas, unas vendoretas, me vendaron toda la mano, una inyección contra el tétanos, unos antibióticos y listo. Todavía en Ixmiquilpan, los lunes de plaza, venden huarache bueno, tejido, elaborado en El Alberto.

La primera noche, habiéndonos distribuido entre la escuela, la iglesia y la casita, no quedamos tan apretados. Todos dormimos en el suelo sobre un petate y los que lo sienten muy duro, sobre cobijas dobladas varias veces y enrollados cada uno en sus propias frazadas. En la casita duerme el matrimonio de Lalo y Rosa, Bryan, Hilda Vázquez,

Aurorita Mendoza, Gustavo y yo. Estamos rendidos y aún así cantamos hasta muy entrada la noche, después de bañarnos en el manantial por turnos, primero las mujeres y luego los hombres a sugerencia de Bryan, quien anda vigilante como inquisidor; todo es silencio. A veces creo que no somos más que unos farsantes, cual volcanes a punto de estallar, desbordarnos... y aquí estamos tratando de aparentar lo que no somos en vez de sacar lo que tenemos dentro y así empezar a curarnos; estoy casi dormida, mas de pronto empiezan los chrrrrr, chrrrr, chrrrr de los grillos que me arrullan todas las noches. Pienso: ya se están llamando, seguro son urgencias de amor y en esas estoy cuando Lalo comenta en voz alta:

—¡En la madre!... ¡Son alacranes! Todos nos alborotamos, Gustavo le replica: —No es posible, ya hubieran picado a Andrea, a Rosario o a mí cuando he venido solo! —Insisto —dice Lalo— que son alacranes, cuando estuve trabajando en Nayarit, así se oía ¡vamos a ver!

Y diciendo y haciendo: prende su lámpara de mano y dirige la luz hacia lo alto, sobre las paredes. Efectivamente, hileras de alacranes van bajando de las vigas. Todos nos levantamos inquietos. Lalo y Gustavo toman unos frascos que llenan hasta la mitad con alcohol, los acercan a la pared y con una cuchara van empujando a los alacranes. Esa noche atraparon como unos cuarenta.

Cada noche, en adelante, llenarán frascos y frascos con alacranes en alcohol, por supuesto no acabaron con ellos en dos semanas de estancia y cacería. Nadie quiere acostarse por temor a los bichos. Gustavo y yo sacamos cuentas que si en casi cuatro meses que tengo ahí no me han picado, pues ya no lo harán. Somos los primeros en irnos a dormir, muy juntos, contraviniendo las indicaciones de Bryan en el sentido de que los hombres de un lado y las mujeres del otro, como estábamos al principio de la noche, pero con el susto nadie recuerda la regla. Siento pena por los alacranes, probablemente iban a sus citas de amor con las hembras, Lalo nos dijo que, efectivamente, esos chirridos son un canto de amor que lanza el macho y contesta la hembra antes de aparearse y estos malandrines ya los tienen en frascos como conservas.

Cada uno está envuelto en sus cobijas, pero el brazo fuerte de Gustavo me tiene asida por el costado, contra él; nunca había estado tan

cerca de un hombre, casi incrustada. No quiero moverme, ni respirar siquiera, seguro los latidos de mi corazón los oírán Bryan y soltará algo en voz alta; por supuesto yo tengo la culpa por permitirlo ¡pero me siento tan bien cuando Gus me abraza! Es un amor que pide, que ruega, no arrebatada como el del Pico Pancho y que además me da placer, por qué no decirlo y no tengo fuerzas para rechazarlo. Su mano me está acariciando los pechos suavemente y besando la nuca, siento la presencia del hombre incontenible y su urgencia; casi muero, unas lágrimas y un sollozo en sordina me ahogan un poco, por él, por mí, por mis grillos que me arrullaban y que resultaron no serlo, por todos los amantes que no se aman cuando debían.

Me levanto a las cinco, Gustavo ya no está, se fue a bañar a las cuatro —dice— y ahora está fumando un cigarro afuera, solo, bajo las estrellas.

Los hijos de Lupita son mis niños preferidos, Lupita es una vecina, bueno, su pobre choza está del otro lado del río, trepada en el cerro pelado, sostenida como por milagro al borde del precipicio, pero estamos a la misma altura y río Tula de por medio nos vemos, nos gritamos, nos hacemos señas. Cuando Rosario no está me manda tortillas con sus niños, ellos por iniciativa propia me traen unos cestitos con hojas de higuerrilla a manera de servilletas, llenos de garambullos y chilitos. Les doy a cambio cariño y las mejores prendas de ropa, algunos juguetes y golosinas; quisiera no tener preferencias y ser pareja con todos, pero supongo que es humano querer más a unos que a otros.

Bryan está esperando a los niños para su sesión de doctrina y juegos, hay muy pocos, por coincidencia todos se han retrasado, él está impaciente y trata de disimularlo tocando una armónica, pero su pie tabletea sobre la tierra, nervioso. Gus y yo venimos por agua y vasos para los que están en la clase de huarachería; por el otro lado el padre Hylary silencioso, casi como una sombra, pasea lentamente cerca de la iglesia, mientras reza el Oficio Divino con su breviario en la mano. Todo como en cámara lenta... el atardecer brillante y soporífero. Los niños de Lupita vienen corriendo con su cestita de frutas, cargo a uno a otro, no son tan chicos, pero están tan desnutridos que los aguanto perfectamente uno a cada lado de la cintura montados literalmente en mis cade-

ras. Gustavo les acaricia la cabeza. Bryan, como picado por un alacrán se levanta e increpa a los niños por llegar tarde –de mala manera– lo miran azorados. Trato de disculparlos y me suelta todo su rencor como un borbollón que lo estuviera ahogando, envenenando:

—¡Tú no tienes nada qué decir! Esta es mi tarea y yo sé cómo manejarlos. No así ustedes, que no tienen control ni sobre ustedes mismos. Si se apuran no tendrán que cargar hijos ajenos, aunque no sé cómo los justificarán! ¡Si alguna vez pensé en pedirte que fueras mi novia, olvídalo, sería como comerme unos huevos fritos sin sal!

Todo eso casi sin respirar, echando lumbre por las mejillas y los ojos. Yo con la boca abierta, pues ni por aquí se me hubiera ocurrido que el Bryan deseara ser mi novio y Gustavo levantándolo por el cuello de la camisa al tiempo que le propina un tremendo golpe en la nariz. El padre Hylary se acerca a separarlos, sin entender qué pasa. Ellos farfulan una disculpa, mientras el primero se limpia el hilo de sangre que brota de su nariz. Ambos me piden disculpas, a lo que yo sólo asiento con la cabeza, estoy todavía muda, sosteniendo a los niños que me pellizcan nerviosos el cuerpo. El padre Hylary quiere hablar con nosotros tres en la noche, después de cenar, en la sacristía.

Cuando niña, algunas veces solían despertarme, sin consideración, para que fuera a calmar a mi papá –que era alcohólico– con el pretexto que sólo a mi me hacía caso y mis hermanos menores estaban aterrados. Mi mamá, aunque nunca ha tomado una gota de alcohol, discutía como tarabilla y se decían los peores insultos; volaban platos y muebles. Ellos gozando literalmente sus trifulcas no se daban cuenta que se llevaban entre los pies a sus hijos. En medio de ese infierno llegaba Andrea: flaca, esmirriada, en pijama, lo regañaba como si fuera su hijo, como a un niño y se hacía la calma, pues mi papá me ha querido más que a nadie. Nos pedía perdón, le lanzaba unos cuantos insultos más a mi mamá y se iba a dormir. Yo regresaba a casa de mi abuelita (enfrente de la calle) a tratar de conciliar el sueño, pues el camión de la escuela pasaba a las seis cuarenta y cinco.

Cuando estas escenas se repetían con cierta frecuencia (pues mi papá dejaba de tomar por meses, para volver nuevamente a dilapidar

todo lo que ganaba cuando estaba sobrio) mi ánimo se alteraba y mis pesadillas eran recurrentes, me daban ataques de sonambulismo que a veces detectaban en casa de mi abuelita, a veces no.

Igual en el monasterio, cuando se acercaba la fecha de hacer los votos temporales y me resistía a hacerlos, primero, porque había llegado a la conclusión de que no podía divorciar la teoría de la *praxis*, es decir, no podía predicar una cosa y practicar otra y segundo, porque yo había entrado tratando de encontrar una verdad que no vislumbraba por ningún lado o más bien, tratando de encontrarme a mí misma sin conseguirlo; pero como dije, las costumbres lo envuelven a uno, el qué dirán... ¡terrible! porque el individuo debería de estar por encima de todos "los que dirán" y de todos los prejuicios. Me dio colitis y regresaron los ataques de sonambulismo, lo curioso es que en la mayoría de los casos las personas que la rodean a una no se dan cuenta, probablemente por lo silencioso de los movimientos del sonámbulo...

...Soñé que soñar, soñaba: "Oigo la campana para levantarnos, me baño y visto con toda la parsimonia que significa ponerse tantas cosas que componen el hábito "que nos guarda del mundo". Como soy la portera tomo mis llaves, abro puertas y me encamino a la casa madre por el paseo de cipreses que une el noviciado con la capilla, veo a los perros del convento venir a mí, se dejan acariciar. Siento el aire frío en la cara ya para subir las escaleras de la capilla, tropiezo, estoy a punto de caer y despierto... no sé por qué estoy ahí, rodeada de los perros silenciosos, que me ven con curiosidad y expectativa; consulto el reloj y veo que son las dos con cuarenta y cinco minutos; me da taquicardia y un ligero mareo, trato de respirar profundo y regreso lentamente al noviciado, todas duermen, me vuelvo a acostar y así, a intervalos regulares y con pequeñas variantes, se repiten los paseos nocturnos antes y después de hacer los votos.

Ahora estoy nerviosa, el padre Hylary no quiere dar crédito a lo que le informa Bryan como un fiscal o inquisidor, cosas que en lo general yo le había confiado, pero que él no les dio importancia. Por mi parte no hago ningún comentario, no deseo discutir cuestiones personales como si estuviera en un juzgado. Nos conmina a descartar esa "pasión malsana", a lo que Gustavo le replica que "es amor", no quiere pero ni

oírlo. Dice que nos va a separar en diferentes equipos; Gustavo le contesta que entonces va a renunciar. Al ver que no avanzamos, adopta un tono conciliador y nos suelta un rollo: "tomemos todos un tiempo para pensar". Afuera, en la explanada, todos cantan y especulan qué estamos hablando con Hylary; salimos y nos incorporamos como si nada al grupo, somos excelentes actores por lo visto.

...Soñé que soñar, soñaba: "Estoy sola, Rosario no está, debo bañarme e ir a Ixmiquilpan ¿a qué? no acierto a responder pero necesito ir, hay luna llena —siempre la luna presente en la vida onírica de todos los sonámbulos— las veredas resaltan como si fueran estrechos caminos de plata; mis pies tienen alas, casi no toco el suelo, con un poco de esfuerzo podría volar... creo que he perdido peso, así de ligera me siento; bajo al manantial y me baño como nunca, gozo del agua y me seco centímetro a centímetro el cuerpo; ahora sí, vamos a Ixmiquilpan. Tomo el camino de la Cuesta Blanca, rumbo al nacimiento de las aguas calientes que bajan a Dios Padre, pero... ¡ay! un cardón se me entierra en el pie, despierto abruptamente por el dolor y trato de sacar la espina del talón que sangra, Gustavo está atrás de mi y la saca; estoy confusa, con los ojos abiertos, desconcertados, mirando a Gustavo; veo mi desnudez, siento que el corazón se sale por la boca, un ligero mareo. Gustavo pone su camisa sobre mis hombros, hace frío y sopla el viento —en el Mezquital todas las noches son frías sin importar la época del año— me dice que respire profundo. —No pasa nada, yo estoy contigo y muy lento me va llevando de regreso a la casita, abrazada, sólo traigo puesto un camisón corto sin mangas, más nada... estoy descalza, los cabellos están mojados... y la luna brillando enorme, como si fuera un gran sol, mi sol de medianoche.

Cuando viene el camión de Caritas con las despensas, Cornejo con los muchachos de la UNAM, Gustavo, el equipo completo o Eduardo con Rosa, invariablemente, al llegar a la curva donde arranca la veredita que inicia el camino hacia Ixmiquilpan —que llaman la Cuesta Blanca— se sueltan tocando la bocina y no dejan de hacerlo hasta el puente colgante ¿por qué? no sé, pero todos reaccionan igual. Será porque a partir

de ahí se ve la iglesia como el torreón altivo de una fortaleza, porque les da gusto llegar, quién sabe, pero todos tocan alborozados.

Ya han pasado casi tres semanas desde que regresaron a León los primos de Pepe Luis; el grupo de huaracheros muy formal, todas las tardes dedican unas dos horas a su nuevo oficio. Horas que alargan su sobriedad, pues entonados no pueden trabajar con los cuchillos. Han tomado como costumbre acarrear un cántaro con agua de los manantiales, que usan para beber. Mi mano va mucho mejor, tiene ocho días que me quitaron las puntaditas, tengo vendolitas y una venda para protegerme del polvo.

No he vuelto a ver a Gustavo desde entonces, el padre Hylary más tranquilo –aunque preocupado– pues casi nos forzó a decirle si habíamos hecho el amor o no; nos pidió un compás de espera, un tiempo sin vernos; ¿qué le vamos a decir a nuestras respectivas familias? Yo pensaba que nada, pues quiero mucho a Gustavo, pero nunca se me ha ocurrido que realmente vamos a ser amantes –somos como amigos cariñosos– y menos he pensado que su mujer se enterara o él se fuera a divorciar por mí. Hylary va a rezar por nosotros "para que se nos pase esa tormenta".

Bueno, pues aquí estoy en el compás de espera, las niñas están bordando, los niños juegan y todos cantamos, antes nos bañamos en el manantial. Mis pequeños no tenían la costumbre de bañarse; todo el cochambre y polvo de estos andurriales lo tenían encima, tal vez por aquello de que "la cáscara guarda al palo", pero era una verdadera herrumbre lo que traían cargando sus cuerpecitos. Para animarlos nos bañamos todos juntos y el jabón contra los visitantes de sus cabezas pasa de mano en mano, nadan un rato y luego felices subimos la cuesta para jugar, esto lo hacemos martes y jueves. Si no fuera por la aridez del paisaje y lo delgado de los niños sería como un cuadro bucólico, los faunitos y las nínfulas emergiendo de las aguas del manantial que nace entre sabinos centenarios. Unos cornetazos interrumpen los juegos, todos corremos a la explanada atrás de la iglesia, a nuestro mirador. Viene un carro blanco, grande, armando todo ese alboroto.

Tardan unos diez minutos más en llegar al pie del puente colgante, pues la cercanía es engañosa. No alcanzamos a ver quién es, nos tapan los mezquites, los accidentes del terreno, los sabinos del río, final-

mente vemos que son Lalo y Rosa. Ellos tienen cuatro hijos que nunca llevan y no se qué hacen con ellos el tiempo que andan por acá de rentores, pues dos son chicos todavía. Nos saludamos efusivamente y mandamos a la chamacada a sus casas.

—Gustavo está preocupado por ti mi amor —dice Rosa; en vista de que él no puede venir, nos mandó para que te llevemos unos días a Querétaro, a Morelia, a donde quieras ir. Anda apúrate que tenemos dinero y este carro de aquí hasta el domingo.

Les replico que no estoy cansada, me encuentro bien y además tengo muchas cosas que hacer el fin de semana. —¡No hay pero que valga, ahorita pasamos a avisarle a Bertha O'Connors y a las hermanitas, que no te esperen! Rosa pone rápidamente en la mochila algunas piezas de ropa —Cámbiate —me dice— pues con esas fachas de otomí no te vamos a llevar. Cierro la puerta con llave y candado, les pido que pasemos con las hermanitas, ya que en su apartado postal depositan los telegramas de Cornejo avisándome cuándo va a venir con los muchachos de la UNAM y donde yo —secretamente— espero noticias del Pico Pancho (en vano, por supuesto).

Después de pasar por Ixmiquilpan nos encaminamos a Querétaro, hospedándonos en el mejor hotel de la localidad. Nos vamos a cenar, tienen música viva y Eduardo quiere que brindemos —brindo con mis consabidas limonadas preparadas— Lalo no entiende que cuando uno es abstemio, lo es y ya. Ambos tratan de envolverme y saber qué clase de relación tenemos Gustavo y yo, no caigo en la trampa, les repito que sólo somos amigos, como hermanos, almas gemelas. El Lalo sonrío maliciosamente, yo no me doy por enterada. —¿Por qué trompeó Gustavo a Bryan? me preguntan, pues porque se quiso pasar de listo, imaginó cosas como ustedes, les contesto riendo; como no dando importancia al asunto. Al ver que no cedo un milímetro me dejan tranquila; pa-seamos al día siguiente y aburrída les pido nos regresemos. No muy contentos acceden a llevarme el sábado a Ixmiquilpan. Dos o tres veces más se aparecen con el mismo propósito; hablo —en contra de mis principios— por teléfono con Gustavo desde la casa de Bertha a la tintorería, por fortuna lo encuentro. Le pido no mande a ese par que no aguanto más, él me aclara que si han ido es porque yo lo pedí... según le dijeron,

me sentía cansada y estresada. Les ha dado dinero y las llaves del Galaxie desde el lunes para que fueran por mí y estos bribones las veces que han ido han llegado el jueves, hemos regresado el sábado y ellos han devuelto el carro hasta el otro lunes y por supuesto nada de dinero. Le aclaro "que no tengo pelos en la lengua, que si necesitara algo yo misma se lo pediría, que no necesito intermediarios", me molesto bastante por el abuso. Gustavo me calma, dice que "más se perdió en el diluvio", que no volverán a tomarle el pelo y menos a usarme con ese propósito.

Efectivamente Lalo y su esposa no vuelven a ir por mí, sólo van con todo el equipo. Siguen siendo igual de zalameros y de alguna manera han convencido a Verónica—esposa de Gustavo— para que sean padrinos de confirmación del más chico de sus hijos.

Dexthó es una "próspera" comunidad otomí localizada sobre la carretera que va de Pachuca a Ixmiquilpan, tienen agua de riego y la dura tierra a base del esfuerzo y sudor de sus habitantes da sus cosechas de maíz, alfalfa, chile, habas; por supuesto en las partes más difíciles no faltan las hileras de magueyes pulqueros, las nopaleras con tuna grande de la blanca, los chivos, los borregos; está poco antes de Lagunilla y de Julián Villagrán. Odilón San Juan tiene unos parientes en este pueblo, mismos que conocimos en los festejos de Navidad en El Alberto. Gustavo y yo, junto con Bartolomé y su esposa acostamos al niño Jesús, ahora somos "compadres"; el 2 de febrero—día de la Candelaria— hacen un fiestón en el Dexthó: barbacoa y todo eso. Asiste todo el equipo.

Del lado derecho de la carretera—yendo rumbo a Ixmiquilpan—entre una arboleda (mezquites, pero más desarrollados que los arbustos que se dan en El Alberto) han puesto un tendido y habilitado una capilla donde oficiará el párroco de Lagunilla. Ahí tendrá lugar también el comelitón. Hylary Zimmermann no nos acompaña, esta vez estará con el equipo de El Cardonal. Llevo mis mejores galas—de otomí, por supuesto—estamos "levantando al Niño", el padre Carrasco está a mi derecha bendiciendo y echándose una letanía que ni él mismo entiende, no es un hombre joven, ni maduro; le calculo unos setenta y cinco años o más, me manosea—como no queriendo, el seno—creo que si no hubiera estado rodeada de tanta gente y en otras circunstancias, le hubiera dado

—automáticamente— una bofetada o algo por el estilo. Me contengo y pienso que tal vez fue accidental. Toda la fiesta se descompuso para mí, por esta sospecha. Cuando vamos de camino a El Alberto ya entrada la noche, Aurorita e Hilda que van conmigo en el "vochito" de Gustavo, comentan que el cura no les simpatizó; Aurora dice que le detuvo la mano más de lo debido cuando se lo presentaron y que con la boca le hizo señas obscenas. Hilda dice que le manoseó la nalga. Gustavo va muerto de risa y dice que las tres tenemos la mente cochambrosa "es un pobre anciano que no puede ni con su alma". Olvidamos el incidente.

Siento tibios en la espalda los últimos rayos del sol, estoy sentada sobre mis talones, tejiendo; siempre amarro el telar a un mezquite que está casi al borde del mirador, por el paisaje; desde el cerro donde se ubica la iglesia de El Alberto es sencillamente imponente, el río Tula se ve allá abajo serpenteando desde Tlacotlapilco que tiene más tierra cultivable en sus orillas y frutales que regalan a sus pobres habitantes unos duraznos amarillos excelentes y unos aguacates de cáscara delgadita negros azulados, luego discurre por unas cañadas y da vuelta al promontorio donde se asienta la iglesia formando una herradura arrancando hacia el norte; los montes del entorno yermos y pelones, sólo la verdura de las orillas del río con sus sabinos gigantes nos indica su trayectoria. A mi espalda, siguiendo el curso del Tula, se ve entre brumas los cerros azules del Dexthí, nunca he visto llover por acá, las nubes pasan pero no se detienen ni descargan su vital líquido sobre este pobre fin de mundo. La primera vez que fui a visitar a "los protestantes", allá arriba, me acompañaba Rosario, después, siempre fui sola y no me perdí, iba siguiendo las huellas de mis huaraches por las veredas. ¡Increíble! el suelo es pura roca con unos milímetros de tierra seca y a pesar de todo las huellas ahí estaban después de un mes. Es un paisaje alucinante, surrealista... como suspendido en el tiempo, quisiera quedarme para siempre aquí.

Estoy guardando el telar, ya es de noche y casi no veo. Creo escuchar el ruido de un motor. Si no estuviera acá trepada con el río de por medio, pondría la oreja en el suelo, como hacemos Rosario y yo cuando vamos a Ixmiquilpan por el Corte. Cuando nos faltan como unos dos

kilómetros para alcanzar la carretera, invariablemente ponemos la oreja en tierra para oír las vibraciones del autobús y saber si corremos o no. Nunca nos falla.

Espero, ya es evidente que está llegando un coche. La oscuridad cayó de golpe y no alcanzo a ver quién es. Un silbido suavecito me indica que es Gustavo, me palpita el corazón, nos abrazamos como si una eternidad nos hubiera separado y ahora nos reencontráramos. Me dice que me cambie, vamos a Lagunilla, allí están esperando nuestro compadre Bartolomé, el doctor Saldierna y el padre Hylary. A este último le avisaron que habían matado al padre Carrasco, no saben qué hacer y no quieren que trascienda.

Hacemos el camino a Lagunilla especulando qué fue lo que pasó. La noticia se extendió como reguero de pólvora, hay una multitud de otomíes afuera de la casa parroquial, más mujeres y niños que hombres. Ellas lloran y los niños juegan. Los pocos hombres están mudos, adustos... esperando.

Lo encontraron a la mitad del claustro, con un golpe en la nuca que le partió el cráneo. La iglesia de Lagunilla es como todas las de ese rumbo, agustina, con su gruesa y alta muralla, sus almenas, hecha para la guerra más que para la meditación. En cambio la casa parroquial, me imagino que —aunque antigua— de más reciente construcción, tiene su patio central con sus arcos, su fuente y unos limoneros; las habitaciones del cura Carrasco no difieren en gran cosa de todas las casas parroquiales que he visto, salvo por la gran cama matrimonial, inmensa como la alberca donde yo dormía cuando niña. Me mandan a hacer pesquisas con las mujeres, a platicar con ellas a ver qué logro averiguar.

Después de saludarlas en otomí y sostener una conversación elemental y rudimentaria que rompió el hielo, pues les dio risa mi pronunciación, me comentan que la mayoría de los niños eran ahijados del cura. Voy de un grupo a otro y después como de dos horas de platicar con ellas y no saber qué está pasando adentro, una anciana me dice, casi en secreto: —Se lo merecía, no era un buen hombre, Naná (señora en otomí), una mano caritativa nos lo quitó de encima ¿Por qué dice eso? —le digo. Me lleva jalando a un rincón de la iglesia, me habla casi en la oreja,

siento el fuerte olor a pulque. —Yo soy abuela de dos hijos de este desgraciado que mataron, abusaba de cuanta niña se le ponía enfrente y luego las despachaba a sus casas ya cargadas... siempre pidiendo muchachas que le hicieran la limpieza y mire nomás, ¡se lo merecía!

La abrazo y mientras le doy unas palmaditas en la espalda, voy acercándome a la sacristía donde siguen discutiendo, le hago una seña a Gustavo para que salga. Pido a la señora, que se resiste un poco, a que le repita a Gustavo lo que me acaba de decir... lo hace. Gus le da las gracias y vuelve al interior; como a la medianoche disponen todo para velarlo. Héctor Saldierna ha firmado el acta de defunción: un paro cardíaco.

Abajo de su cama se encuentra un baúl con dinero —nos lo indica una de las ofendidas. Lo sacan y cuentan: ¡Seis millones de pesos! Es mucho y es poco para repartir —como el Rey Salomón— entre todos sus "ahijados". No deja de asombrarme la honradez de todas estas muchachas (algunas ya no tanto) por no haber arriado con lo del baúl, sobre todo teniendo en cuenta la miseria en que normalmente viven. Gustavo les habla a todos, confía en la buena fe de los otomíes; les pide se formen las madres y le indiquen el número de hijos que tuvieron con el difunto y así transcurre la noche, repartiendo, repartiendo. Al otro día el padre Hylary lleva un informe escrito por mí al obispo de la Diócesis. Aquí no ha pasado nada...

Y aquí estoy, recorriendo por última vez estas veredas tan cercanas a mi corazón; marcadas a fuerza de repetirlas, de bordarlas, de sufrirlas, de arrastrar el cansancio de siglos por las mismas... desgastadas por los pies descalzos —en su mayoría— de los otomíes. Cuántas veces las recorrí como en una ensoñación, respirando profundo el aire seco y purísimo, a veces helado, cortante... las más, ardiente.

¿A dónde quedaron mis propósitos de no regresar más a la ciudad, de quedarme por siempre a vivir aquí? Seguramente una mirada del Pico Pancho los borró de un tajo. Le prometí regresar los primeros días de agosto... él está preparando un departamento en la calle de Amsterdam para recibirme. Estoy parada junto al gran garambullo a punto de bajar por entre los pedruzcos al cauce seco, trato de retener en la pupila todo

el paisaje, grabármelo en la memoria a fuego: siento un nudo en la garganta. Lágrimas de dolor y rabia me queman las mejillas por ser tan débil ante ti, mi Paco, mi Pancho, mi Pico Pancho.

Y qué de mis niños cantores y qué de todos mis amigos "protestantes", de Rosario, de Lupita y de sus hijos. Todo seguirá igual, uno no se imagina la vida después de uno, pero todo seguirá igual. Soy yo la que ya no seré la misma. El Alberto con su gente, sus alegrías y tristezas, su riqueza y miseria humanas y la pobreza absoluta de sus habitantes han hecho crecer en mí el sentimiento de la tierra, de la pertenencia y sin embargo, todo lo que me han dado no fue suficiente para retenerme, todo se vino al suelo cuando tú llegaste.

Rosario me está cortando con un cuchillito de obsidiana las puntas del cabello, nos acabamos de bañar. La caminata extenuante y el sol que nos caía a plomo durante todo el recorrido nos hicieron gozar del baño dos veces, ese día sofocante de julio. Probablemente mañana nos lancemos a Santa Ana Bathá, subiendo los cerros pelones, al otro lado de la carretera, por el Corte. Nos invitó una prima de Rosario a la fiesta de la patrona del pueblo. Ahora estamos contemplando la luna llena; tiempo propicio para cortar el pelo, las pestañas, para que salgan más abundantes; hacer ofrendas con mazorcas de maíz y otras semillas, flores, listones de colores y copal en sahumeros, dirigiéndolos hacia los cuatro puntos cardinales, para que acepte nuestras ofrendas el Señor de los Cielos... que llueva "manque sea un poquito" para que crezca la milpa. Ahora nos inundamos de luna y de paisaje, todo el ambiente es favorable para el amor, para el embrujo, la seducción...

Rosario no es tonta –sabe y me lo ha dicho– que es mi tiempo de amar. Cuando ha llegado Gustavo de improviso, busca pretextos para ir a su casa y yo la he retenido; cuando él se ha ido, filosofando me dice que "vida solo hay una... tiempo vendrá en que llorarás no haber amado", le recuerdo que es casado y alzándose de hombros, se ríe y me dice que "su esposa está muy lejos"... "no le ha de importar, donde cada quien jala para su lado". Me quedo pensativa y le contesto riéndome, invariablemente: "Un día de éstos tú verás que le doy el sí".

No es muy tarde, van a dar las ocho de la noche, pero en El Alberto, donde la gente se para a las cuatro de la madrugada, es noche cerrada. No tenemos hambre, queremos ya dormirnos. Rosario me cortó la punta de los cabellos —que me llegan casi a media espalda— todavía húmedos y la orillita de las pestañas; con un sahumero rebozante de oloroso copal, casi me hace una limpia rezando a mi alrededor algo ininteligible; mientras yo me río.

Cerramos la puerta y estamos a punto de apagar el quinqué. Oímos unos pasos fuertes subiendo la cuesta ¿quién será? no oímos ningún carro, los otomíes, por lo general, no pisan así, su andar es como un deslizarse. Aguardamos a ver si pasan de largo, escuchamos voces y unos golpes duros en nuestra puerta; no es el estilo de ningún concurrente de estos lares. Nos miramos y haciendo de tripas corazón preguntamos quién es. ¡Pico Pancho, Andrea!

Como diría mi abuelita: ¡Jesús, María y José! no doy crédito a pesar de que la voz y su acento sonorese son inconfundibles... ¿Quién? Pico Pancho ¡ábreme! Entre el estupor, la sorpresa, el susto, los nervios y más, no atinamos a abrir; finalmente lo hacemos, Rosario toma la mochila que viene cargando Marcos Julián, a quien el Pico Pancho se encontró en el tendajón de El Corte y viendo que yo no estaba para esperarlo, le pidió lo guiara hasta la iglesia de El Alberto por unos cuantos pesos. Marcos se despide con toda la ceremonia de los otomíes, agradeciendo una despensa que, además, le obsequiamos. Rosario me jala aparte y me dice, afirmando no preguntando: Es él ¿verdad? Sí —le contesto con un hilo de voz— es él!

Pico Pancho ve mi cara de azoro, de susto. No atino a preguntarle qué está haciendo aquí. Suelta su carcajada y me dice: —No soy el diablo Andrea, por favor, soy Montañaño ¡no muerdo! Da una vuelta en torno mío y comenta jocoso: —Estás más flaca, y además disfrazada de *hippie* ¿cuándo vas a dejar tus vicios pequeñoburgueses?

Dice que envió un telegrama al apartado postal de las Hermanitas de José y María, la semana pasada, informándome de su llegada y pidiendo lo fuera a esperar al Corte. No fui el fin de semana a Ixmiquilpan, estuve en la ciudad de México. Es miércoles, dice que se va a quedar hasta el domingo al medio día. Rosario nos contempla sin saber qué

hacer: él burlón, yo casi muda. Se la presento, le explico su función; cortésmente él le hace preguntas y algunas bromas que rompen el hielo; me doy cuenta que Rosario está encantada con sus desplantes y que lo está adoptando mentalmente. En un giro de la plática nos comenta que olvidó el compromiso con su yerno de hacer una ofrenda, para ver si llueve un poco. Casi me le pongo enfrente y le pido que no se vaya. Ella socarrona me dice: ¿Qué te va a pasar? estás en buena compañía, nos vemos el domingo en la mañana y diciendo y haciendo...

El Mezquital por entero... la ciudad de México... el planeta mismo... el cielo y sus galaxias... nada existe, sólo tú y yo.

Tiemblo como hoja al viento, Pancho tan impetuoso, me abraza tiernamente: —No pasa nada, Andrea. No pasará nada si tú no quieres, me dice mientras me besa queriendo fundir su cuerpo con mi cuerpo.

La noche es un suspiro, recorreremos todos los senderos y cruzamos todos los atajos sin darnos, sólo conociéndonos; venciendo el mutuo miedo. El primer: *¡Qui'á sha juá!* de la madrugada me sorprende y es como una señal para dormirme, sus brazos me envuelven... sus manos —como sopesándolos— me acarician los pechos y los pezones, tanto que me duelen, mientras su boca ávida me muerde, me lame, me besa el cuello, las orejas, la espalda...

El día transcurre con un *tour* por los alrededores: vamos a las ruinas, deduce que las pequeñas colinas que las rodean deben ser también adoratorios; descansamos un rato, pues tiene un pie plano y se cansa pronto; entramos a la iglesia desnuda, con el suelo de grandes losas de piedra negra, ni una banca, ni un adorno, sólo al fondo el Cristo desnudo lleno de telarañas, casi a oscuras a pesar de ser pleno día. Se queda pensativo cuando le muestro el "hornito" de san Alberto (la hornacina), sarcástico me dice que son los frutos híbridos de la "evangelización a fuerzas".

Le muestro la playita y el manantial donde tuvo lugar el almuerzo con los amigos del instituto; le encanta el sitio, desea que volvamos en la noche. Con los huaracheros entabla cordial plática, "se los echa al bolsillo" como vulgarmente se dice. Pico Pancho —cuando quiere— irradiaba un encanto que envuelve a la gente.

En Ciencias Políticas y en el instituto siempre está rodeado de condiscípulos, de camaradas, de amigos que lo oyen como si de un profeta se tratase. Oriundo de Hermosillo, de una de las familias más conservadoras y ortodoxas de la localidad; su tío Juan —hermano de su padre— es el obispo de Sonora. El creció y malcrió rodeado de la adoración de la madre y dos hermanas. Su padre, abogado, murió cuando él tenía seis años. Muy pronto, casi adolescente, empieza a militar con los izquierdistas.

A veces me pregunto cuál es el dedo que mueve los hilos para que dos personas se encuentren, entablen contacto, se simpaticen, se rechacen y vuelvan a converger, como dos hilos de una maraña que tuvieran vida propia y dieran vuelta por mil vericuetos hasta casi encontrarse, separarse; volver a aproximarse y finalmente cruzarse y marchar como líneas paralelas por unos instantes o una eternidad, quién lo sabe.

Me despierta cerca de las nueve de la noche, pensé descansar un rato cuando vi que platicaba animadamente con Odilón San Juan —al término de la sesión del taller de huaraches— pero por lo visto me seguí de filo y dormí profundamente más de tres horas. Me hace cosquillas, me dice que necesitamos un buen baño y que además vamos a dormir junto al manantial, que el clima está maravilloso para estar ahí encerrados. Le replico que la gente empieza a recorrer los caminos a las cuatro, ajusta su reloj... regresaremos a las tres y media.

Con las frazadas enrolladas en la espalda y otros adminículos, bajamos alborzados la vereda que nos llevará al río, como dos amantes que no pueden esperar, pues su tiempo de amar está por comenzar y los dioses que han propiciado este encuentro se pueden arrepentir. No necesitamos la linterna, la luna, mi luna siempre presente nos señala el camino. Paso como exhalación el puente colgante —dice Pancho que como una aparición por mis faldas hasta el suelo— él con medida, pues varios tablones están flojos. Descendemos por la terraza que sirve de cornisa al playoncito, sobre la grama forma con las cobijas una muelle cama. Yo lo estoy esperando dentro del agua. Todos los soles y todas las lunas, todos los tiempos pasados y los por venir giran a nuestro alrededor, con esa música que sólo los amantes oyen. No importa nada,

podría caer la bóveda estrellada y un cataclismo de dimensiones sobre-humanas hubiera sido lo mismo, habrían pasado desapercibidos.

La calle de Amsterdam tiene forma de elipse y un camellón arbolado, los chismes circulan en varias versiones, las de la acera interna o externa, primera o segunda vuelta; en fin, es una calle pintoresca, provinciana diría yo, a pesar de estar su lado oriente a una cuadra de la avenida de los Insurgentes; entrando a ella por cualquiera de las callecitas como Celaya, Popocatepetl, etc., es otro mundo. Somos amigos del tendero, carnicero, panadero, verdulero, tintorero, etc., todavía los sábados se oyen algunos pregones a pesar de que estamos en los años sesenta: "tieeee...rra para las mace...tas", "fruuuu...ta de primeeee...ra", "escoooo...bas, plumeeee...ros", "zapateeee...ro", "merennn...gues". Probablemente entre semana también se escuchan, pero como me voy a trabajar a la UNAM, sólo los disfruto los sábados.

El edificio donde vivimos tiene seis departamentos, todos amplios, una terraza común en el descanso de la escalera donde don Riquis (Ricardo) tiene muchas jaulas con canarios y periquitos australianos. Él es homosexual y siempre tiene "sobrinos" viviendo con él por temporadas. Para mí es invaluable, me enseña todos los secretos de la cocina, cómo planchar ropa de hombre; me presentó a todos los tenderos y en resumen me ha adoptado como si fuera yo su hija o algo similar. También vive un matrimonio judío, los "Chávez" (Schabes) sin hijos; la señora es platicadora, su marido reservado, le hace cara de "fuchi" —igual que Francisco— a don Riquis, pero ella se lleva muy bien con don Ricardo, quien le enseña a elaborar todos los moles, pipianes y guisos mexicanos, cambiándole doña Sara sólo la carne. Tratamos de no molestarnos unos a los otros, practicando la tolerancia somos como una familia.

Soy tempranera para despertarme, aún en los días feriados. Los hábitos escolares, costumbres monjiles, saludos de madrugada en El Mezquital, etc., han condicionado mi reloj biológico; no importa si me dormí en la madrugada y descansado sólo un par de horas, a más tardar a las ocho ya estoy despierta... Pico Pancho no resiste que ande danzando por la casa tan temprano, él podría dormir hasta la una de la tarde y tan feliz, a mí me duelen las costillas. Todos los quehaceres domésticos

los llevo a cabo en "gran silencio", como en el convento, pero ahora tengo marido, un marido que no se cansa de serlo. Él dice que somos "compañeros" y como sus amigos tienen las mismas costumbres, me presentan como Andrea, la compañera de Pico Pancho o de Montaña.

La realidad es que no tengo un minuto de descanso; el trabajo en la UNAM me lleva medio día, por las tardes vamos juntos o cada quien por su lado a diversas reuniones de trabajo o de estudio, donde se llevan a cabo interminables discusiones (siempre me ha asombrado la capacidad de los trotskistas para discutir, polemizar, criticar... nunca se ponen de acuerdo) fuman como chacuacos y beben café por litros. Raras veces comemos en la casa. Además Pico Pancho quiere que lea todos los libros que tenemos de Trotsky y que le dé mi opinión por escrito de cada uno, a mi protesta alegando que no soy su alumna, me dice que tengo pereza mental y que no desea que nadie me ningunee. Me aboco a esa tarea, pues el camarada Montaña es implacable, crítico, mordaz y algunos otros adjetivos, pero cuando le parece bien la reseña me da una palmadita en la espalda con el comentario: —No lo hiciste mal, Andrea.

No resisto el *Anti-Dühring* de Engels ni *El Capital* de Carlos Marx pero nos tenemos que fumar el primero y algunos capítulos del segundo en la célula de estudio a la que asisto dos veces a la semana; creo que en esa empresa se agotó la poca materia gris con que nací. Todo este cúmulo de trabajo, que contrasta con lo que hacía en El Alberto, no impiden que piense en Gustavo; es una herida dolorosa que nunca sanará. Creo que amo a los dos y ahora que ya tengo a uno, el corazón me duele por el otro...

Cuando íbamos camino al Corte, ya para salir a la carretera, pegué la oreja al suelo para ver si venía camión para la ciudad; oí efectivamente el ruido de un motor y aceleramos el paso, pero no llegó y Pancho se rió de mí, pero yo estaba segura de haber sentido las vibraciones de un vehículo; finalmente llegó el autobús y Pancho se fue con mi promesa de regresar a más tardar la primera quincena de agosto. Hago el camino de retorno más silenciosa que de costumbre, oigo cerca del cauce seco a los niños cantar "Deni canela"... triste como nunca la melodía, como si fuera un adiós.

Salgo del grupo de mezquites que rodean la casa de Odilón San Juan y me encamino por la veredita que baja hacia el puente colgante, voy tan absorta que no me percato del automóvil de Gustavo estacionado cerca del arranque del puente, lo veo casi cuando topo con él de frente y caigo en la cuenta que era el motor que oí entrando a la brecha, me quedo de una pieza sin saber si seguir avanzando o regresar corriendo por donde venía para que no me vea; manos y piernas me tiemblan como una niña agarrada *in fraganti* en la travesura... pero es algo más, ahora, sólo ahora me acuerdo de Gustavo y su ternura. Cómo voy a darle la cara –de por sí la tengo de culpable– me va a notar de inmediato que estuvo Pancho, además ¿cómo podría mentirle?

No supe cómo atravesé el puente, ni cómo subí la cuesta... en un recodo lo encontré, ya se iba. Sus ojos bonitos como de niño, pestañudos, tristes, inmensos, me interrogan; yo tan dicharachera no sé qué decir. Me abraza y tomándome de la barbilla, al tiempo que me da un beso en la punta de la nariz, dice: —¿A ver cuéntame qué pasó?

Las lágrimas, cual río caudaloso me impiden hablar; regresamos a la casita, veo que la dejé abierta y encima del catre está una agenda de direcciones de Pico Pancho, sus cigarros y el encendedor, me dice que él tiene la culpa por haberle hecho caso a Hylary, por dejarme sola tanto tiempo, que no es el fin del mundo, que él me sigue amando igual, que se va a divorciar y no sé cuántas cosas más; que venía a decírmelo precisamente hoy, que lo sucedido no cambia nada y no tiene importancia.

Trato como puedo de explicarle que efectivamente lo amo, pero no deseo mi alegría fincada sobre el desastre de su familia, además y no sé si eso es posible: amo a Pancho con todos sus defectos y virtudes tanto o más que a él. Me dice que Francisco no es hombre para mí, que sólo va a jugar conmigo, que necesito alguien que además de amarme me cuide y me proteja, que esté dispuesto a quererme a pesar de mis locuras, que me he equivocado en la elección. Llorando los dos le pido no me diga nada más, le ruego me permita equivocarme, aprender y rectificar la vía si realmente tomé el camino errado. No quiero ser una niña eterna, deseo ser adulta con todas sus consecuencias, asumir mi propia responsabilidad.

La luna está triste –menguante– llorando con nosotros, no nos dimos cuenta y ya anocheció... no hay más que hablar. Me hace prometerle que le hablaré cada mes y le platicaré sin complejos cómo me va, me hace prometerle que cualquier cosa que necesite acudiré a él, me pide tantas cosas y yo le digo que sí a todo. En su tarjeta de presentación anota además de los teléfonos de la tintorería unos de emergencia de la gasera: el vigilante tendrá instrucciones de localizarlo a cualquier hora del día o de la noche si yo lo busco. Sol –su secretaria– tendrá el mismo encargo. No quiere que baje a acompañarlo como en otras ocasiones hasta su coche, baja solo la cuesta y yo quedo llorando en el catre, sola, con la soledad compañera de mi sino.

Hylary puso el grito en el cielo cuando le dije que me regresaba a la ciudad, que iba a casarme sólo por lo civil con Francisco, que no contarán más conmigo en el equipo. Pepe Luis con su esposa, Lalo y Rosa y Hylary van a platicar con mi mamá para que impida semejante tontería, como si realmente creyeran que estaba en posibilidad de hacerlo. Cornejo se siente obligado a tener una plática seria con Francisco en el instituto; nada nos impedirá llevar a cabo lo propuesto y hénos aquí, tratando de marchar juntos como compañeros, como amantes, como camaradas.

No bien regresé, volví a trabajar en la universidad; los sueldos nunca han sido buenos, pero Francisco asumirá todos los gastos. La renta del departamento es alta, pero su mamá cada mes le manda dinero de una casa –propiedad de Pancho– que alquilan en Hermosillo. Tienen además un rancho muy grande con cabezas de ganado y siembras y parte de las ganancias las reparte entre los tres hijos. No obstante, casi siempre andamos en la cuarta pregunta, todo el dinero se nos va en comprar libros, cintas para máquina, papel para escribir, tinta de mimeógrafo, esténciles, café de grano que toman a litros para aguantar las infames desveladas y cigarrillos. Toda la casa está impregnada de olor a tabaco.

Aparentemente todo marcha bien, sin embargo, los paseos nocturnos se han vuelto recurrentes, Francisco se ha percatado de algunos impidiendo que saliera a la calle. Don Riquis –según su decir– me ha acompañado en dos ocasiones a recorrer Amsterdam y volver silencio-

sa como salí, sin rumbo definido. Los Schabes se topan conmigo –a su regreso de una cena– en las escaleras la madrugada que Francisco no llegó a dormir por primera vez, asustados por los ojos abiertos de sonámbula y sólo mi camison corto como única vestimenta; quieren tumbar la puerta de don Riquis y Sarita va corriendo atrás de mí para no perderme el rumbo. Rara vez tomo conciencia de estos paseos, cuando recuerdo, los sueños son los mismos invariablemente: "Soñé que soñar soñaba... en lo alto de la cuesta con la iglesia de El Alberto a mis espaldas, veo llegar sin ruido el carro de Gustavo y su silencio me angustia, bajo veloz por el sendero que lleva al puente –que atravieso como una exhalación, como un fantasma– y desde el amarre con los ahuehuetes todavía veo el "Vochito"... para encontrar nada al final del mismo"...

Hernán es dos años más joven que yo, está terminando la licenciatura en Economía en la universidad, su estructura ósea es angosta, magro en carnes y de buena estatura, parece un fideo ambulante, somos camaradas. Milita en la Liga Obrera Marxista desde sus años de preparatoria, discípulo del Pico Pancho; inteligente, de mente aguda y algo inapreciable, un excelente sentido del humor. Ahora vive con nosotros, sus padres habitan en el norte de la República y lo que le envían de ayuda económica, así como sus escuálidos ingresos de un trabajito en Educación Pública no le alcanzan para nada. Será como un hermano menor para mí. Francisco me lo soltó a bocajarro: —Andrea, el fin de semana se mudará Hernán con nosotros, ¿está amolado y hay que echarle la mano! Vamos a comprar algo de mobiliario para la recámara vacía, no tendrás ninguna obligación con él se atenderá solo!

¿Pero cómo desayunar, comer o cenar y él viéndonos? Al otro día y hasta unos meses después de que se deshaga la sociedad, compartirá nuestros alimentos y algunas salidas al cine o al teatro. Le gusta –como a mí– oír a los Beatles cuando desayunamos, con la consiguiente crítica del Pico que nos califica de: "cochinos pequeñoburgueses"; como me siento apoyada, nos reímos de él y no le hacemos caso o le decimos que no le agradan porque ya está "viejo"; Francisco me lleva casi nueve años, que no son muchos, pero suficientes para tener diferentes preferencias en música y muchas cosas más. Su hermana Cristina ("la Picky", pues

también es narigona como Paco) vive al otro lado de la calle de Amsterdam, tiene un piano vertical en su departamento y las raras veces que vamos a verla o que nos invita a cenar, el Pico Pancho toca al piano de "oído", música de Eddy Duchin o de Agustín Lara, yo encantada, pero también me gusta la de los Beatles y a él no. Desde niña me fascina la ópera, la música clásica y él dice que la ópera es abominable, los cantos gregorianos entelequias de otros tiempos... y así, le va encontrando adjetivos a todos mis gustos musicales.

Tenemos un pequeño tocadiscos y una grabadora de carretes grandes, cuando el Pico me deja trabajo en la casa para mecanografiar y estoy sola, pongo *La Traviata*, *Nabuco*, *Carmina Burana* en la versión original dirigida por Carl Orff, Bach, Stravinsky, *La Verbena de la Paloma*, Coros del Ejército Rojo de la URSS, Cantos gregorianos, etc. no a todo volumen, pero sí alto, entonces, como al toque del flautista llega doña Sara y se sienta en un sillón a tejer (sabe que está en su casa y que estoy ocupada, sólo me da un beso de entrada) aprovecha la puerta abierta don Riquis y hace lo propio; si está, Hernán sale de la recámara y por ahí se acomoda o abre simplemente su puerta; todos ellos saben que no está "el profesor" —como le dicen a Pancho— y que cada quien puede agarrar su onda. Don Riquis, modoso, después de un rato, prepara café en mi cocina y nos ofrece a todos. Los discos, regalo de Gustavo, han llegado uno a uno, a la UNAM, con una tarjeta suya.

A veces don Riquis nos invita a cenar y Francisco burlón le dice a Hernán: —Ni modo maestro, tendrás que sacrificararte para que cenemos los tres. No sé si nos invita porque nos aprecia o porque le gusta Hernán, pero de todos modos vamos gustosos. Es un virtuoso para la cocina, exquisito en los detalles de mantelería, vajilla y flores. Don Riquis es de Amecameca, allá tiene varios hermanos; nunca pudo convivir con ellos por su manera de ser, sólo una hermana lo recibe en su casa de cuando en cuando. El es cortador y diseñador en una fábrica de trajes de baño. Hasta hace unos años vivía con otra hermana soltera —que murió— a partir de entonces empezó a traer "sobrinos" por eso no le simpatiza al señor Schabes. Me ha regalado unos camisones con su juego de bata —franceses de satén— que eran de la hermana muerta, bellísimos; huelen a guardado y a perfume antiguo, se ha perdido el aroma

sólo después de varias lavadas, lástima, pues era muy agradable. Dos están nuevos y un juego lavado sólo una vez; debió ser muy alta pues me quedan hasta el piso, Francisco no quiere que me los ponga, prefiere los míos cortos, aniñados, aunque parezca "araña zancuda".

Totalmente extrovertido es el Pico Pancho, si no está en sus reuniones, lo encuentro en el Café La Habana de la calle de Bucareli o en el Café París de Cinco de Mayo y Filomeno Mata. Puedo hablar por teléfono a esos dos lugares –cuando no sé en dónde se encuentra– con la certeza de encontrarlo ahí o bien, la casa se convierte en punto de reunión de todos sus amigos. Creo que sólo cuando nos acostamos estamos solos. La teoría es buena y las discusiones, pero requieren de la *praxis* y esos primeros años de la década de los sesenta –después del movimiento ferrocarrilero con sus líderes en la cárcel– son de espera, de preparación. Todos tenemos un seudónimo... raros nos conocemos por nuestro verdadero nombre, a pesar de estar todos dedicados al estudio y discusiones, estamos tensos, a la espera de algo.

Los libros de León Trotsky nos llegan de Argentina, tenemos un apartado postal por Tepito y allá vamos a recoger los paquetes; se está gestando la creación de la editorial Juan Pablo Editores, misma que años más tarde publicará casi todas las obras de Trotsky. Frecuentemente rentamos en distintas colonias otros apartados, para que no sea tan notorio el de la calle de Peña y Peña. A pesar de no tener las actividades de la militancia con todos sus riesgos, como cuando andaba yo con Valentina en el partido, las precauciones son extremas, los trotskistas venimos jalandando un complejo de persecución difícil de superar.

De ahí resulta que, cuando los amigos de lo ajeno visitan la casa del camarada Saúl y aparentemente no se llevan nada, pero dejan todo revuelto –sobre todo sus libros y documentos de la liga– éste corre a refugiarse una temporada con los benedictinos de Cuernavaca. El abad es amigo y protector de todos los trotskistas, siempre están las puertas abiertas para los que se sienten o están realmente siendo acosados por la policía; les plantan un hábito monacal y les asignan una celda... un monje más en el anonimato de la clausura. En el inter, su compañera Carol, mexicana de ascendencia judía-holandesa, se cambia a una gran casa –que no habían querido usar– que le regalaron sus padres en las

Lomas de Chapultepec, la compartirán –dicen– con otra pareja también de camaradas.

Cuernavaca es un semillero de gente –que sin renunciar a su fe– de la Iglesia católica o cercanas a ella, que no están de acuerdo con las directrices de sus jerarcas; son intelectuales y rebeldes. No sólo es el abad de los benedictinos con toda su congregación apoyándolo, sino el obispo de la diócesis, Ivan Ilych y un conglomerado de seglares que, fascinados con ellos, forman una especie de muralla contra la que se estrellan las insidias del Vaticano.

En los círculos de estudio se analizan todos los aconteceres mundiales bajo la óptica de la dialéctica materialista: el triunfo de la Revolución Cubana: Fidel Castro, el Che Guevara, Camilo Cienfuegos... héroes inasibles; la guerrilla en Guatemala –donde murió un hermano periodista del "Pelón Aguilar": David– la guerra de Argelia con Ben Bela, los acontecimientos de República Dominicana y aquí los de Madera, Chihuahua; por cierto que unos amigos dominicanos se ven involucrados en el asunto de Chihuahua... les aplican el Art. 33 y los devuelven a Santo Domingo a pesar de la amenaza de muerte que pende sobre de ellos, por lo que estaban asilados aquí. En fin, son años duros de violencia solapada.

Empezamos a frecuentar a la pareja de Saúl y Carol, como amigos. Ella fue la que me regaló el disco de *Carmina Burana*. Carol toma anticonceptivos para no tener familia, nos lo comenta cenando los cuatro en el Café París; Francisco, entre sarcástico y burlón, dice que nosotros no necesitamos cuidarnos, pues él o yo "somos mulitas" que necesitamos verificar cuál de los dos.

El camarada Montaña, después del retorno de Saúl de Cuernavaca y de varias salidas, cenas y comidas con nuestros amigos, me suelta su intención de que hagamos cuarteto con ellos en un "matrimonio abierto"; no soy ingenua pero realmente no sé de qué me habla. Por principio, quiere que nos mudemos a la casa de ellos que es bastante grande, me explica y aclara todo el alcance del "matrimonio abierto"; me opongo y no quiero saber nada de su propuesta. Pienso y se lo digo, que si él no está satisfecho conmigo nos podemos divorciar o que se busque una amante, pero que no me lo diga, ni me la enseñe. Alega que no se

trata de eso, sino de experimentar. No quiero. Dice que tengo la mente subdesarrollada. Estoy de acuerdo con él. No nos hablamos como en ocho días.

Pienso y me devano los sesos tratando de analizar qué pasó. Nunca fui mojigata en mi vida sexual con el Pico Pancho. Hacíamos el amor con gusto cuando él quería y como él quería; de día, de noche o de tarde; a oscuras o con un foco de cien watts arriba de nuestras cabezas y ahora me propone esto. Pienso que se estarán riendo de mí nuestros amigos, pero yo no puedo tener relaciones con dos hombres al mismo tiempo y me imagino que al rato serán otros y otros más. No me halaga ese futuro. Francisco sigue siendo un buen amante, pero sus ausencias nocturnas empiezan a partir de esa fecha. Hernán lo sabe y acompañamos nuestra soledad yéndonos juntos al cine o a cenar aquí y allá. Me dice que se le pasará, que no le haga caso, que es un buen hombre. No tengo el consuelo de decir "no lo sabía".

Los días y los meses se suceden sin sentir, como arena entre los dedos, así siento que se va la vida, mi vida. La costumbre se ha instalado entre Pico Pancho y yo, lo sigo amando pero sus ausencias semanales son como gotas de veneno en la sopa, pienso seriamente en separarnos y se lo digo, no lo acepta y fácilmente me envuelve con sus palabras, su "hacer el amor" —que no su amor— me confunden como una imagen distorsionada en un espejo cóncavo. Como en el monasterio, el trabajo agotador no me da tiempo de pensar mucho en lo que nos está ocurriendo. Gustavo me habla cada mes, no puedo negarle que no vamos bien, él no hace comentarios ni a favor ni en contra, sólo me dice que cuento con su amor. De tanto en tanto me envía dos boletos para las funciones de ópera en Bellas Artes o para el teatro, libros, discos... Hernán es mi acompañante.

Gustavo ha tomado por costumbre pasar en su "Vochito" algunas noches —ya camino a su casa— por la calle de Amsterdam y si ve luz en la sala de mi departamento toca el claxon como cuando llegaba a El Alberto, me asomo por el balcón y oigo su silbidito, lo veo estacionado enfrente y él me ve a contraluz, no nos hacemos ningún saludo, sólo permanecemos

viéndonos un momento; cierro la ventana y él arranca, el corazón me duele conforme el ruido del motor se pierde por esas calles.

Gustavo está frotando vigorosamente con una esponja el cuerpecito y las piernas de mi hijo Paco, mientras yo lo sostengo por la cabeza y la axila, lo estamos bañando; le hace fiestas y el niño le contesta con carcajadas mientras chapotea el agua de su tina empapándonos. Ya tiene seis meses y hace tres que su padre no vive con nosotros. Una vez por semana—cualquier día—Gustavo viene cayendo la noche y me ayuda a bañarlo, nos tomamos después un café solos o con don Riquis y se va.

Por la mala costumbre de tener la puerta entreabierta, no nos percatamos de la entrada de Pico Pancho, que nos mira entre divertido y sarcástico desde el dintel de la puerta de la recámara y atrás de él un don Riquis—con cara de culpa— con charola y tazas para el café.

—¡Hola! —le digo— no te oímos entrar, siéntate, ya vamos a acabar.

—No te preocupes, sólo pasaba por aquí y quise ver a mi hijo, pero ya veo que además de ocupada, estás muy bien acompañada. Nos vemos, me dice con enojo contenido.

En su apresurada retirada casi arrolla a don Ricardo, quien se disculpa mil veces. Gustavo le dice que no tiene de qué apenarse, que olvidemos el incidente y nos tomemos el café, pues nos trajo un sabroso pastel.

Paco nació los primeros días de febrero, día de fiesta nacional y eclesial, pero lluvioso y frío, después de un largo trabajo de parto—casi veinticuatro horas— por el método psicoprofiláctico. Se suponía que Montaña debía de estar presente, pero no me creyó cuando le dije que tenía ya los dolores, argumentó que el doctor había dicho que faltaban como diez días, además, él tenía varias reuniones, llegaría como a las nueve de la noche. A esas horas ya estaba internada, me llevaron don Riquis, doña Sara y doña Lupita. El niño nació a las tres de la mañana.

Pico Pancho es moreno pálido, casi blanco y yo oscura, sin embargo, el niño nace con una peluza pelirroja en la cabeza y unos rizos de vello suave y blanco en el pabellón de sus grandes orejas, que le dan el aspecto de un faunito. Tiene los mismos ojos verdes de su padre y nuestros amigos dicen que "El Pico" volvió a nacer, pues el parecido es

asombroso. Vierto lágrimas de alegría cuando me dicen que está sano y lo oigo llorar, lo ponen encima de mi vientre –aún sin lavar– y creo que es un regalo que me da la vida, que tal vez no merezco. Por supuesto su nacimiento no cambia nada entre el Pancho y yo, la situación era insostenible y por esos azares del destino, en una reconciliada, quedé embarazada.

Los primeros meses del embarazo, en vez de subir de peso, bajé cinco kilos –¡ya volaba! con cincuenta y dos kilos y a la baja– el especialista me manda hacer una serie de estudios clínicos, todos salen bien por fortuna, un poco de anemia y deficiencia de calcio, nada más. Debo tener una alimentación especial y tomar vitaminas... todos los días me tomo yo sola un bote de leche condensada, me inyectan hierro, etc., no obstante, al final del embarazo sólo he recuperado los cinco kilos perdidos y dos más. Me anima el doctor a formar parte de un grupo piloto de parto psicoprofiláctico, a cuyas reuniones debo asistir una vez por semana y hacer ejercicios en mi casa todos los días, acompañados de largas caminatas, no tengo mayores problemas que los del peso; nunca tuve náuseas ni antojos, sólo un apetito desmedido; que hace que los que me ven comer se pregunten ¿cómo es que no subo de peso? Por las noches cenó en demasía, nada me hace daño, todo lo digiero yo que soy tan melindrosa para comer. Francisco –cuando está– me acompaña a dar dos o tres vueltas a la calle de Amsterdam, piensa que me dará una congestión si no camino. Me aplica crema en los pechos y en el vientre como lo indicó el médico, con cuidado prende broche por broche de la fajita de maternidad; es gentil, amable, pero nada más. Me excusa ante los otros cuando me quedo dormida en las reuniones; me han quitado trabajo, pero él no está preparado todavía para tener hijos –dice–.

Han pasado tres años desde mi retorno del Mezquital, con altas y bajas, más bajas que altas. He conocido gente maravillosa tanto del grupo del Pico, como en mi trabajo; Hernán sigue con nosotros, es como un hermano. Aurelia es una amistad reciente de la universidad, estudiaba tercer semestre de odontología cuando decidió que no era su vocación y se salió, está tratando de encontrar su camino. En la oficina –cuando tengo oportunidad– me pongo a leer mis libros, ella invariablemente me pregunta qué leo, los comentamos; coincidimos en gustos

tanto de literatura como de música, a veces va a la casa cargada con una botella de buen vino y discos de su colección para oírlos; después de algunos meses de amistad se incorpora a una célula de estudio —a la que asisto yo— que dirige Hernán. Su padre es millonario, agricultor de Sinaloa, de El Fuerte, pero ella es de la "canalla" como yo y anda aquí sufriendo porque quiere, pues no le faltaría dinero, viajes y lo que quisiera, si aceptara ser como su padre desea; ella y su hermano Aníbal son los rebeldes de la familia.

Es honesta y no tiene pelos en la lengua. El Pico Pancho la tolera, pero yo sé que no le simpatiza, dice que ya soy suficiente esnob y loca para que todavía me den más cuerda; por mi parte, me agrada muchísimo, siento que ella es más vital y fresca que mis anteriores amistades.

En la oficina, Aurelia me ayuda a capotear a las novias de Francisco a quienes ya no resisto. Hablan por teléfono, se presentan como las novias oficiales, me piden por las buenas o las malas que le dé el divorcio o van a la casa y me preguntan si soy la hermana del Pico: "sólo pasaba por aquí, quería ver si me acompañaba a hacer unas compras, dígame que me alcance en tal tienda"... actuó civilizadamente, finjo demencia y las invito a que pasen a esperarlo: se rehusan. Sólo quieren ver qué cara hago. El Pancho se ríe si le reclamo y me dice: "Andrea, tienes la mente subdesarrollada, ya te lo dije, en Europa no se enojan... se hacen amigas, además, ¿por qué te enojas? ¿No vivo contigo? ¿No te doy todo el dinero para que tú lo administres? ¿No soy un buen amante? no seas tonta, vive la vida como viene". Intento discutir con él alegando que entonces yo me buscaré unos novios y todos seremos amigos: se ríe y dice que él me lo propuso y no quise, que soy tercermundista, que él sabe que nunca lo haré.

Estoy en una encrucijada y no sé qué hacer. Yo que nunca he padecido de insomnio, ahora me paso las noches en blanco cuando no llega Francisco; me dan las tres o cuatro de la mañana leyendo o dando vueltas en la cama, después —obviamente— no me puedo levantar. Me mandan unos somníferos que dejan sin sueños mis noches... sin lunas; el corazón seco y arrugado. Es como si estuviera muerta o anestesiada, como me acuesto me levanto, sin descomponer la cama. Por supuesto

no los tomo diario y los suspendo totalmente con el embarazo, pero están en mi cabecera.

Me percato de inmediato que estoy embarazada, sólo por confirmarlo y porque estoy bajando terriblemente de peso acudo al doctor. El embarazo tiene sus ventajas, el sueño ha vuelto y todos mis amigos: Gustavo, Hernán, don Riquis, Lupita, Sara y Aurelia tratan de consentirme y hacer mi vida más llevadera. Mi mamá, preocupada por la delgadez que arrastro, me envía con Tere –mi hermana– todos los días un frasco con atole de masa (para que tenga leche cuando nazca el niño), de cocoa, de elote, de guayaba... unas tortas gigantes con guisados del día anterior y yo, que ya desayuné temprano, vuelvo a hacerlo como a las once, pero la comida se evapora en el aire, creo que no me nutre.

La universidad da vacaciones a todo su personal –tanto académico como administrativo– en diciembre; desde mediados del mes ya estamos libres. El Pico Pancho lo toma literalmente y desaparece sin avisarme, sin decir adiós. El primero y segundo día no duermo pensando que algo le pasó, a pesar de los antecedentes, pues habíamos quedado en irnos unos días a San Miguel Regla; al tercero, siento que me voy a caer de sueño, la angustia, el coraje, la frustración, a pesar de la necesidad que tengo de dormir, me impiden conciliar el sueño. A las ocho de la noche me acuesto y pienso que una pastilla no me hará daño, ya paso de los siete meses de embarazo... sin embargo sigo con el ojo abierto; aturdida me tomo otra y tal vez algunas más: soñé que soñar soñaba... "los niños de Lupita están cantando, cantando... ¿qué cantan, qué melodía es esa que va y viene como una ola, adormecedora, relajante? siempre persiguiéndome en la duermevela: "*In exitu Israel de Egypto... Domine ad adjuvandum me festina...*" ¡No, no! ellos no saben latín y menos cantar el Oficio Divino, pero son sus voces o eso creo... la mente se confunde, ahora creo que estoy en el monasterio oyendo las voces de las hermanas: "Ven Jesús, ven Jesús no tardes ya"... y todas estamos rodeando la cama de la hermana Alonza que está muriendo, el cáncer la ha invadido y sufre una larga agonía; dice el doctor que no pasará la noche. Velamos con ella su noche, su última noche, cantando, cantando... también cantamos en los servicios de cuerpo presente en la capilla: "*Dies irae, dies illa*"... ¡No, no estoy en el monasterio! ¿dónde me en-

cuentro? la cabeza me da vueltas, creo que en mi catre de El Alberto, pero una losa que tengo en el pecho impide que me pare para ver quién canta, qué cantan, oigo –además– el claxon del "Vochito" de Gustavo, pero no puedo levantarme decididamente y los cantos continúan adormeciéndome, adormeciéndome..."

La ventana de la recámara está abierta y la luz prendida... las cortinas por el viento se arremolinan queriendo escapar, la lluvia menudita moja el interior... tengo frío, despierto y veo que está oscuro, son las siete y media de la noche, no entiendo qué pasa, creía haberme acostado a las ocho; me tomo algunas pastillas más, no sé cuántas... el pozo es profundo y sin fondo, la caída no duele, es como una liberación... un adiós.

Abro los ojos y me sorprendo de ver a mi lado a Gustavo, a don Riquis. Quiero incorporarme y no puedo, tengo puesto suero en la mano izquierda. Me dicen que no ha pasado nada, que el bebé está bien... tal vez sólo un poco adormilado. Tengo que recuperarme "mi vida y la del niño son preciosas, es lo único que tengo que pensar: lo demás... no vale la pena", me dicen –como en coro– don Riquis y Gus, mi entrañable y leal Gus.

Esta no tan feliz circunstancia hizo que se conocieran don Ricardo y Gustavo, este último pasó el día anterior –como solía hacerlo– y vio la luz prendida, la ventana abierta, una lluvia finita estaba cayendo... tocó el claxon: nadie salió, esperó un rato y volvió a tocar, nadie se asomó y las cortinas volando, mojándose, volvió a tocar y nada. Se fue. Al otro día –rumbo a la tintorería– se desvió a la casa, era día laboral: la ventana seguía abierta, la luz prendida y las cortinas colgando fuera, mojadas, sucias; hizo sonar el claxon con el mismo resultado negativo.

Por la noche la misma situación, no se ve movimiento adentro, decide bajarse y ver qué pasa. Toca el timbre del departamento y por supuesto, no obtiene respuesta; toca el número cinco, don Riquis se asoma por la terraza de los canarios; ambos van a conseguir un cerrajero enfrente –a la colonia Roma– a esas horas, para abrir la puerta. Después me trasladan a un pequeño sanatorio que está a la vuelta de la casa: el Lister, donde permanezco dos días en observación.

El Pico se aparece después de Navidad, tranquilo... sin dar ninguna explicación. No le hago ningún comentario, aun cuando don Riquis le ha dicho todo, me parece que ya no tiene caso. Tratando de ordenar

lo que pasó, llego a la conclusión de que estuve a punto de perder la vida y la de mi hijo, por alguien que —ahora— me resulta extraño; es como si hubiera muerto, como si se tratara de otra persona. Probablemente Gustavo y don Riquis pensaron o creyeron que me quería suicidar, pero no fue esa la intención, sólo quería dormir... Creo que nunca dejaré de amar al Pico Pancho, pero de puertas para adentro del corazón, en mi trato con él —en adelante— tendré puesta una máscara de civilidad e indiferencia ¡tan perfecta y pegada a mi propia piel, que yo misma no me conozco! Estoy... sólo estoy sobreviviendo.

En el descanso de la escalera, sobre el pasamanos, hay una serie de macetitas que doña Sara cuida con amor; enternece verla rociándoles agua con una pequeña regaderita de latón y a don Riquis platicando con sus canarios y cotorros australianos, mientras aseas las jaulas de la raza, de cuando en cuando intercambian algún comentario.

Ahora, en medio de esta trifulca infernal, me percato fugazmente de que las macetitas están siendo usadas como proyectiles —contra el Pico Pancho y su acompañante— nada menos que por doña Sara y Lupita. Algunas caen sobre sus espaldas, otras en la cabeza, llenándolos de tierra, plantas rotas y guijarros de barro. Mi Pico Pancho, Paco, Francisco, Montaña sale huyendo... trata de cubrir con su cuerpo a la mujer para salvarla de la furia desatada de unas personas ofendidas, no en lo personal, sino por solidaridad conmigo. No le permitiré que viva más con nosotros. Fue de hecho el adiós... unilateral y definitivo que yo le di.

Usualmente lavo los pañales del niño muy temprano, a las cinco y treinta, pero ahora es sábado, incluso ya desayunamos. Hernán fue al centro a buscar unos paquetes a nuestro apartado de la calle de Peña y Peña. El Pico se presta a cuidar al niño, dice que lo va a asolear desnudo unos quince minutos en su cesta, sólo cubriéndole la cara, para que se le fortalezcan las piernas. Ha pasado poco más de hora y media, ya casi termino de lavar, oigo el llanto del niño... sigue llorando sin interrupción. Me pregunto porqué no lo atiende Francisco, a lo mejor le está quemando el sol... sigue llorando. Nerviosa bajo de la azotea para encontrar en la sala al Pancho en sesión erótica con una de sus tantas novias, el niño llora desconsolado en la recámara...

Desde niña le tengo pavor a los pleitos cuerpo a cuerpo, probablemente por la impresión que causaban en mis hermanos y en mí los de mis padres. Evito las discusiones acaloradas por la misma razón y heme aquí, convertida en una fiera estrellándole a la mujer un florero que encontré a mi paso, quedándome con puños de sus cabellos rojos entre los dedos y soltándoles todos los insultos conocidos y algunos inventados; ella chilla como marrano a punto de ser degollado, Francisco con su cuerpo y vozarrón trata de separarnos y poner orden... el niño llora a todo pulmón en la recámara. No sé en qué momento entra don Riquis y Lupita, Sarita está afuera junto a la escalera. Don Ricardo logra separarme de la mujer y me abraza, el Pancho sale huyendo con ella acompañado de los insultos y macetazos de Lupita y doña Sara... todas las promesas que suelen hacerse los amantes han terminado, en este caso, en un melodrama barato que me avergonzaba y ahora me da risa.

Doña Sara me frota los brazos con alcohol, tengo las manos apretadas y en los puños cerrados, mechones completos de cabello largo, rojo. Riquis me prepara un té de boldo con tila; me aconsejan que no amante al niño unos dos días para que salga la bilis y no le haga daño.

Al otro día bajo los velices de Francisco y ordenadamente guardo toda su ropa y sus pertenencias personales, los pongo junto a la entrada. Ahí esperarán ocho días su regreso. No le permito entrar cuando toca, sólo le entrego las maletas. Increíble, insiste en aclarar las cosas conmigo, no lo consiento. Dice que a pesar de sus fechorías me ama, que no eche por la borda todo, no le contesto. Me ruega por nuestro hijo que le dé otra oportunidad, no lo oigo. Me amenaza que no me dará ni "un quinto", no me importa. Toda esta discusión en el pasillo, no lo dejo que pase a la casa. Finalmente dice que mandará o vendrá por sus libros después. Le replico que ya no son sus libros "que de nada le ha servido leerlos, le hago un favor con quedármelos, le estorban". Baja las escaleras furioso vociferando que son "sus libros" y vendrá por ellos a como dé lugar. No me importa lo que diga, no lo escucho.

Todos los camaradas –amigos mutuos– me dan la razón, alegan incluso que ha descuidado su trabajo en el Comité Central de la Liga. Hernán vivirá todavía en la casa como tres meses más. Sus padres vienen a radicar al Distrito Federal y se reunirá de nuevo la familia; por

supuesto las reuniones de estudio continúan en la casa y se suman otras con obreros del Sindicato Mexicano de Electricistas, que dirige Hernán. Ellos viven en la Guerrero, cerca de Tlatelolco. Todos seguimos teniendo seudónimos.

Mi situación económica es precaria, Aurelia se aparece los sábados con una canasta llena de víveres. Su hermana Irene tiene un bebé más o menos de la edad de mi hijo; ella está bien económicamente. Aurelia no se tiente el corazón y descaradamente sustrae de su despensa lo que me da a mí, así como las botellas de vinos finos de la cava de su cuñado, que se bebe gustosamente; dice que el robárselas a su cuñado de "porquería" le da más sabor al vino. Todo mi sueldo se me va en pagar la renta. Gus ha hecho buenas migas con Aurelia y con don Riquis, insiste en darme dinero, que por supuesto no acepto, entonces llega también con despensas y ropa para mí o el niño. Dice que "el Vulcanito" debió ser hijo suyo, que le permita adoptarlo como tal: sólo me río sin responderle. El corazón lo tengo seco y arrugado.

En la universidad las cosas no marchan bien, los estudiantes quieren que renuncie el doctor Ignacio Chávez. El día que debo reincorporarme al trabajo toman rectoría y sacan a los empleados a través de los cristales rotos de las puertas de cada piso, que habían sido cerradas, previamente, por los guardias cuando vieron venir el tumulto con antorchas por la explanada. Se suspenden las clases como mes y medio, el rector es obligado a renunciar de mala manera. Son tiempos duros, precursores de otros más difíciles.

Gustavo –probablemente sólo por complacerme– se ha incorporado a una de las células de estudio que tienen lugar en mi casa. Él es cristiano a la manera de Theillhard de Chardin, me regala un libro de este sacerdote filósofo: *El fenómeno humano*. De alguna manera los conceptos vertidos en el libro afirman una idea muy antigua de mi pensamiento, en el sentido de que si existe un dios que nos hizo, nos dejó a nuestra suerte, totalmente indiferente a los penares individuales de los humanos; tal vez en el concierto de la creación sólo somos una especie más y la odisea del pensamiento humano, es sólo eso: "un fenómeno –por excepción– humano".

Las discusiones se hacen más animadas con un Gustavo que trata de defender sus creencias, sus principios; pero siempre abierto a dar la razón si el postulado que lo sustenta no se sostiene por sí mismo. Se apasiona por la personalidad de León Trotsky que no tiene nada que ver con la dictadura del burocratismo staliniano que rige la Unión Soviética disfrazado de "comunismo o socialismo". Hernán y los demás camaradas no le tienen ningún miramiento –aunque lo aprecian– cuando de discutir se trata. Nos ha solucionado el problema del abasto del papel, de tinta para mimeógrafo y el vejistorio de máquina de escribir que teníamos es reemplazado por una IBM eléctrica. Sol –su secretaria– es la encargada de abastecernos de lo anterior; no le soy simpática, lo adivino y es natural, piensa que soy su amante, que lo estoy explotando... y el trato discreto para ambos lados seguramente se le hace insufrible; no obstante, es atenta, educada y nunca se le olvida pasar mis recados si Gustavo no puede acudir al teléfono.

Gus ya no va al Mezquital, aunque sigue ayudando; a los otomés de un poblado llamado Espíritu Santo, allá por el rumbo del Cardonal –camino a la Huasteca– les ha conseguido capacitación para armar pilas de una conocida marca y ahora les llevan el trabajo hasta el pueblo, los contratan a destajo. Indiscutiblemente la planta debe estar pagando menos, no son hermanitas de la caridad, pero ellos no se desplazan con el consiguiente gasto de transportación y tampoco descuidan sus ocupaciones habituales.

Nunca jamás hablamos de su familia, ignoro los pretextos que diga cuando anda con nosotros. Sé por otras fuentes que su esposa sigue yendo al Cardonal. Cada quien por su lado, felizmente...

Por su parte, el Pico Pancho, con el pretexto de los gastos que ha tenido que hacer para montar otro departamento, no nos pasa nada de dinero. Sin aviso previo se aparece –en las horas más insólitas– a ver a su hijo, sobre todo a partir de la ocasión en que nos encontró bañándolo. Lleva su mismo tren de vida y todas sus amigas son de diez a quince años mayores que él. La persona a la que dejé calva en la trifulca, tiene un hijo de veintitantos años, casi de mi edad. Todo esto, aparentemente, me deja indiferente, el niño es lo único que me preocupa.

Si alguna virtud habría de resaltar de Gustavo sería la paciencia, la paciencia infinita; tengo el corazón y el cuerpo secos, nada altera la máscara de cemento que traigo puesta. Es tiempo de esperar a que las aguas tomen su verdadero nivel, su cauce; cualquier movimiento en falso probablemente me ahogaría.

Mis padres, en los primeros años de su matrimonio, vivían a unas cuadras de la casa de mi abuelita Mica. Recuerda mi papá que eran los primeros días de noviembre, fiestas de Todos Santos y los Fieles Difuntos, era de noche y hacía frío, se encaminaban a la casa, él me llevaba cargando—envuelta como un taco—viendo para atrás, cuando, forcejeando con el cobertor que me envolvía, saqué un brazo para señalar el cielo y le dije: "Pa', mía lal'una", la luna de todas mis noches brillaba en el firmamento y a partir de ahí, con diez meses empecé a hablar como tarabilla, sin mediar balbuceos o ensayos previos a las frases. Precoz en las preguntas y respuestas.

La familia de mi papá pensaba que mi mamá me aconsejaba lo que debía responder, pero ¿cómo a una niña tan chica sin saber siquiera lo que pudieran preguntarme? Todos los días por la tarde íbamos a visitar a mi abuela María y a la tía Sara; ellas revisaban mi atuendo por dentro y por fuera (no querían a mi mamá o eso decía ella): ¿A ver cómo te trae tu madre Guadalupe, hija? y se morían de risa, porque temblándome los labios de coraje les contestaba: ¡No es Guayalupe, es Lopita! o me preguntaban si las quería y les contestaba invariablemente que no, a su reclamo de porqué no las quería, les respondía: "No las conozco" ... y todos los días iba a visitarlas. Si hubiera sido más grande probablemente se hubieran molestado, pero tenía año y medio y les caía en gracia.

Paco hereda el pronto hablar, tiene ocho meses, las encías inflamadas pues no le quieren brotar los dientes, está sentado en su cuna hojeando una revista—como si leyera—como niño mayor, sin romperla, mientras yo plancho su ropa a un lado de la cama. Sin más suelta su primera frase: "¡Andrrrea, mira la nena!" ... así ¡Andrrrea!, nada de mamá; es lo que oye cuando su padre viene a verlo.

Tiene la sangre liviana y es el consentido de todas las niñeras de la guardería, su manejo del lenguaje las tiene asombradas. Dirige nu-

meritos teatrales en los que participan sus compañeritos que apenas balbucean; les narra cuentos con lujo de detalles, baila y canta sin inhibiciones. Su cabello pelirrojo y lacio se ha caído, ahora tiene rizos castaño claro. Por las tardes, mi hermana Tere –la más chica, casi le llevo doce años– lo cuida, mientras hago horas extras en la UNAM, tratando de obtener un poco más de dinero. Los domingos lo llevo al zoológico, a los museos y a caminar por el bosque de Chapultepec. No tengo televisión, pero en casa de mi mamá, a veces, ve una serie de unos veterinarios que se desarrolla en África; cuando estamos ante la jaula de los leones me dice muy serio: "Andrea, mira un Clarence" a lo que le respondo sin reírme, pues es un cascarrabias: ¡No es un Clarence hijo, es un león! con las explicaciones consiguientes, pues todo quiere saber. Nos sentamos muy formales a oír algún concierto en la Casa del Lago, para acabar, finalmente, durmiéndose. Lo llevo cargado como un bultito sobre mis hombros hasta la casa de mi mamá en San Rafael.

Es refinadamente melindroso para comer. Ahora que nos hemos cambiado a un departamento más a mi alcance –cerca de mis papás– extraño a Lupita, quien le bailaba y cantaba al Paco, para que entre risa y risa se tomara algún bocado; por cierto que doña Sara se mudó a un condominio en la calle de Tehuantepec mes y medio antes de que yo lo hiciera.

Mi mamá, con un comentario sobre doña Sara, me deja con la boca abierta, cuando me recupero trato de explicarle que está equivocada en sus juicios, que me diga en qué se basa para decir lo que dijo. Ella que tanto discute con mi papá dice que soy una payasa, que no son mis parientes y que si algo le pasa al Paco, no diga que no me lo advirtió.

Resulta que cuando estaba empacando para mudarme, Lupita llevó al niño a visitar a doña Sara –para que yo estuviera tranquila– llegó mi mamá para ayudarme y por supuesto preguntó dónde estaba el niño, le contesto y furiosa me increpa, diciendo: "Eres una irresponsable, cómo te atreves a dejar al niño en manos ajenas, te lo van a robar, no ves que son judíos"; su agresividad no me extraña, siempre ha sido así, no por mala persona sino porque probablemente no pudo o no supo definir su situación con mi padre, pero ella desconoce de hecho cómo soy –aunque sea su hija– pues me crié con mi abuelita. No sabe o si se enteró

no le dio ninguna importancia a mis angustias infantiles por los judíos, de mis sueños recurrentes... del investigar por mi cuenta –siendo niña– en qué se basaban los católicos para estigmatizar así a una raza, a través de tantos siglos; de mi horror cuando sentenciaron a los Rosenberg a la silla eléctrica, de mi rompimiento personal con semejantes atavismos, a pesar de mi estancia en el monasterio y seguramente reafirmada en mis convicciones por ello mismo.

El coraje no fue porque me dijera que soy irresponsable, lo soy y lo reconozco, me indigna la condena racista generalizada. Se lo hago ver, le digo que entonces ¿por qué es tan amiga de Merceditas Farrás, de Isidora Cajigas? etc. etc. (catalanas refugiadas de la Guerra Civil Española y a quienes aprecio mucho) si los españoles nos dieron en la torre a los mexicanos y le quemaron los pies a Cuauhtémoc, que si no es lo mismo, que no es congruente su postura. Ni me contesta, muy ofendida y en silencio –cosa inaudita en ella– termina de ayudarme a empacar; la cara le cambia cuando ve entrar a Lupita con el Paco muy sonriente, con unos carritos que le regaló doña Sara.

A veces me pregunto cómo podré sacarlo adelante yo sola, la conciencia me remuerde –a veces– por haberle quitado a su padre, pero casi inmediatamente me disculpo pensando que hubiera sido peor para él estar enmedio de discusiones eternas. Si a mis hermanos y a mí nos hubieran tomado opinión, probablemente habiéramos optado por vivir solos con mi mamá o mi papá, qué se yo, pero sin sufrir sus horribles pleitos.

Mi mamá no es católica practicante, pero es católica, quiere que Paco se eduque así. Después de una discusión en la que firmemente no admito injerencia alguna en la forma que voy a tratar de educar a Paco, a regañadientes acepta que sólo lo bautizaré para darle gusto, pero que crecerá sin religión.

Estamos esperando a Hernán que viene por nosotros, hace frío. Paco tiene puesto ya un abrigo tejido con capucha, amarillo, sus guantes. Aurelia y yo portamos sendos chaquetones. Con este será el tercer mitin al que vayamos a Tlatelolco. El movimiento estudiantil está en plena efervescencia. La liga no está oficialmente en el Consejo Nacional de Huelga, pero hemos ayudado en todo lo que hemos podido. No sólo en la elaboración de volantes y reparto de los mismos, sino con

trabajo de convencimiento entre la gente. Aurelia y otros se han ido de brigadistas a las colonias populares, con los estudiantes de Ciudad Universitaria y del Politécnico. Estoy excluida de estas tareas, pues el Paco sólo tiene dos años y no acostumbro delegar la responsabilidad de cuidarlo en mi mamá, me acompaña a todos lados donde voy.

Existen varias organizaciones de trotskistas que de cuando en cuando nos reunimos a discutir, sin ponernos nunca de acuerdo. A la que yo pertenezco –LOM– también tiene dos corrientes bien definidas, una la encabeza el camarada Montaña y Hernán, con todos nosotros atrás y otra comandada por el Pelón Aguilar. En una asamblea muy acalorada se somete a votación si la liga participará o no en el movimiento estudiantil. El NO se impone y sólo ayudaremos. No se le ve salida política y opina el Pelón Aguilar que va a ser una masacre la confrontación con el puño del gobierno, que si no aprendimos la lección con la toma de Ciudad Universitaria estamos tontos, que se requieren héroes vivos, no muertos. Así quedan las cosas.

Los más grillos, que tienen los contactos con los estudiantes universitarios y politécnicos, nos van indicando las necesidades y los demás nos abocamos a satisfacerlas. Cuando el gobierno restringe la venta de papel y la tinta de mimeógrafo y en todas las imprentas de la ciudad –por humildes que sean– llegan los inspectores, es toda una hazaña hacerse de lo necesario para imprimir volantes. Gus pone a varios de sus empleados a cortar en guillotinas el papel de envolver de la tintorería; con sus amigos de la Gestetner consigue la tinta, bajo no sé qué pretexto. Mi casa de por sí chica, revienta de paquetes de propaganda. Las reuniones se suceden unas tras otras en el mismo día. A veces ya estoy dormida y llega Hernán, ve la casa a oscuras y abre con su llave; vienen dos o tres con él. Se prepara café y elaboran los documentos, rara vez me doy cuenta a qué horas se retiran. La portera del edificio me lanza ojos de pistola cada que me ve, yo la saludo lo más amable que puedo, pero estoy segura que pega su oreja en mi puerta cuando estamos en las discusiones. Espía por su ventanita la entrada y salida de los camaradas cargados de paquetes.

No cabe duda que la efervescencia política es contagiosa, sólo a las marchas no llevo a mi hijo, es muy pequeño y se cansa pronto, lle-

varlo cargando no me seduce. Marchamos codo con codo, todos tomados del brazo en formación apretada atrás del rector de la universidad –el ingeniero Javier Barros Sierra– con él levantaremos el puño y gritaremos hasta quedar sin voz: ¡Viva la discrepancia! Recorreremos, desde el Casco de Santo Tomás, todo Melchor Ocampo hasta Paseo de la Reforma y ahí daremos vuelta para dirigirnos al Zócalo en la gran marcha del 27 de agosto, donde la gente que transitaba por las banquetas se unía al contingente estudiantil con júbilo, levantando el puño contra el gobierno. En la menos tumultuosa pero no por eso menos impresionante marcha del "silencio" también estaremos y sentiremos el terror de ser perseguidos por los granaderos en la ceremonia frustrada de desagravio a la bandera, donde los empleados de la Secretaría de Educación Pública gritaban a una: "¡Beeee, beee, beee... somos borregos, nos llevan!" y efectivamente los llevaban, bajo amenazas de despido o castigos económicos.

Antes de que los soldados tomaran Ciudad Universitaria, el cuñado de Aurelia –que es un alto funcionario del Departamento del Distrito Federal– ya la había alertado de lo que iban a hacer, pero no le creímos. Todavía el mismo día de la invasión, por la mañana, le juré por su madre que ese día iban a tomar la universidad. Lo comenté con mis hermanos. Graciela que trabaja en Investigaciones Sociales lo hace con Jorge Moreno, el secretario del instituto, no le da crédito. En la noche está él, junto con Ifigenia Martínez de Navarrete, de sinodales en un examen profesional, cuando llegan los soldados. Todos irán a la cárcel mientras son las averiguaciones: el examinado, sus sinodales, los invitados, sus condiscípulos... un verdadero desmadre. Humillados como delincuentes, cateados, empujados, subidos a empujones con la culata de los rifles a los camiones de redilas del ejército...

Yo creo que entre las diez y las doce de la noche toda la comunidad universitaria se enteró, no obstante, al otro día todos estábamos ahí, mudos, viendo a los soldados apostados uno cada metro, como rosario de ignominia. Cuántos destacaron, quién sabe, los suficientes para rodear toda Ciudad Universitaria; que no es pequeña. Las noches seguramente las dedicaban al destrozo y al saqueo, pues cuando entregaron las instalaciones de la universidad, era como si una banda de fas-

cinerosos hubiera entrado. No he podido aún superar el sentimiento —que comparte mi hijo Paco— de aversión y rechazo que me provocan los militares.

Y ahora estamos aquí, esperando que Hernán llegue... ya se demoró. Lo achacamos a que pasa primero por su novia: la Chayo. Finalmente llegan excitados, asustados diría más bien. Los electricistas que viven en la colonia Guerrero, cuando estaba a punto de salir de su casa le hablaron por teléfono: ¡Aguarden, no vengán; desde temprana hora los soldados están en los alrededores de Tlatelolco, ahora mismo están cerrando el cerco, hay mucho movimiento de tropa! ¡Avisen a todos los que puedan que no vengán, va a ser esto una masacre! ¡Más tarde hablamos a casa de Andrea!

Aurelia y la Chayo quieren que vayamos de todos modos. Sin esperar la llamada de los electricistas nos subimos al "Vochito" de Hernán y enfilamos rumbo a Tlatelolco, ni siquiera pudimos pasar de Puente de Alvarado, hasta ahí estaba el cerco militar y el tableteo de las ametralladoras era evidente ¡como si estuviéramos en guerra! Los helicópteros daban vueltas y vueltas en la zona, como aves de rapiña; los jóvenes estudiantes, los obreros, los empleados, los heroicos habitantes de esa unidad habitacional, las mujeres embarazadas, los niños —como mi Paco en mítines anteriores— que corrían jugando, mientras el orador se lanzaba su rollo en el templete, los ancianos, todos... todos ellos estaban siendo masacrados por el glorioso ejército, porque los estudiantes estaban ejerciendo su derecho a discrepar; no importa si sus peticiones eran desmedidas o equivocadas, estaban ejerciendo su derecho a disentir, a pensar diferente...

Mi hermano Lalo —estudiante de Derecho— es sobreviviente de Tlatelolco. Asistía —como todos nosotros— a los mítines y marchas, pero por su lado, con sus compañeros de escuela. Esa noche queda atrapado en la balacera; cuando se tira para salvar su vida a esas como cunetas de las ruinas prehispánicas, a un costado de la iglesia de Tlatelolco, lo hacen también mujeres embarazadas, ancianas, niños, hombres. Después de algunas horas que le parecen toda la eternidad y donde sólo se oyen los gritos de los soldados, entra la Cruz Roja y los camilleros del ejército a sacar los muertos. Pasan corriendo, casi encima de los caídos

dando órdenes. Lalo reconoce a un compañero de la Preparatoria, lo llama por su nombre, éste lo ve y le hace señas de que se calle, regresa al rato y le avienta una bata de enfermero: ¡póntela y ayúdame! Eduardo tiene encima a una señora mayor que se quejaba, hace rato que ya no se mueve; con trabajos la hace a un lado para incorporarse, está entumido. Toda la madrugada se la pasa levantando cadáveres junto con su amigo. Voltean las camillas, como si lo que traieran fueran fardos y no hombres, en los camiones de redilas del ejército. Como a las siete de la mañana, su amigo, el que le salvó la vida, lo despacha a la casa.

Unos años atrás cuando los amigos dominicanos fueron deportados a su país por su amistad o ligas con los principales protagonistas del levantamiento en Madera, Chihuahua, sin tener ellos nada que ver. Cuando les cayó la policía en su casa sólo les permitieron hacer unas llamadas antes de subirlos al avión. No estaba el Pico Pancho y yo contesté el teléfono. Recuerdo tan bien lo que me dijeron al despedirse: "que México era un país lindo para vivir, siempre y cuando no pensaras y si pensabas, no lo hicieras en voz alta; que podías criticar, gritar y organizar los mítines que quisieras en favor de todos los movimientos rebeldes del mundo —con el beneplácito de las autoridades— pero... que no se te ocurriera criticar al sistema y sus vergüenzas, porque ¡ay de ti! Si esto hacía ahora en Tlatelolco con sus hijos ¿qué podían haber esperado ellos?"

La confusión y el horror que sobreviene a la tragedia, la desinformación de la prensa y los medios de comunicación; los eternos días para los familiares que arrastran su vergüenza y su dolor por las dependencias oficiales en busca de sus parientes "desaparecidos", desaparecidos en las piras crematorias del Campo Militar Núm. 1; las cacerías de brujas domiciliarias, a media noche y con lujo de fuerza: después de destrozarse todo a su paso, tiraban libros de Marx o Lenin, rifles, ametralladoras, pistolas para la foto y al otro día los titulares: "Nido de guerrilleros subversivos, se decomisaron tantas y tantas armas de alto calibre"...

Gustavo está preocupadísimo, quiere que saquemos de inmediato todos los paquetes de propaganda de mi casa. El terror es tal que Aurelia

piensa que la portera del edificio me va a denunciar. Hernán opina que será más notorio si de repente sacamos todo o me cambio, además – dice– no soy la única, todos los integrantes de la liga tenemos las casas abarrotadas de propaganda y eso que no formábamos parte –oficialmente– del Consejo Nacional de Huelga.

Gustavo pide formalmente que se plantee la necesidad urgente de buscar otro sitio para las reuniones de las células que operaban en mi casa. Hernán alega que no es posible por el momento, que sólo las espaciará. Surge la primera de muchas discusiones acaloradas donde Gus los tacha de irresponsables e inconscientes. Ni caso le hacen. Gustavo quiere comprarme un departamento, le doy las gracias pero no lo acepto. Se cita con Aurelia para tomar café tratando de que ella me convenza, lo platicamos los tres; sólo deseo el enganche para un departamento en Villa Coapa. Me dice que los entregarán hasta mediados del sesenta y nueve, no importa. Aurelia dice que soy una pendeja, lo acepto, tiene razón; pero la relación con Gustavo ha sido –hasta ese momento– tan distinta de lo que los demás se imaginan, que realmente no encajan las cuestiones de dinero en ella. Finalmente, Gustavo da el enganche y esperaremos hasta mayo del siguiente año para cambiarme, en el inter hemos ido sacando poco a poco la propaganda, las reuniones se han espaciado.

Hernán, mi amigo, mi hermano, toma una actitud intransigente, dice que ahora voy a pasar a ser la "mantenida" de Gustavo, que eso era lo que él quería, que nunca le importó realmente la célula de estudio a la que asistía, que sólo aprovechó la ocasión para salirse con la suya, que en virtud de mis devaneos con él, los tiene a todos en sus manos. Me ataca sin misericordia en las reuniones en las que no asiste Gustavo, Aurelia me defiende a capa y espada. La situación se vuelve insostenible. El Pico Pancho ni se aparece, le quieren formar un consejo "de guerra" comandado por el Pelón Aguilar en mancuerna con Hernán para expulsarlo de la liga, porque sus actividades personales no le permiten dedicarse de cuerpo entero a la política. En esta situación límite se endureció el gobierno y lo demostró con la brutal represión y entre los izquierdistas ¡cosa insólita! sucedió lo mismo, pero con visos de canibalismo.

Decido, después de mucho meditarlo, cortar por lo sano con la liga, pensando en mi pequeño hijo sobre todo. He llegado a la conclusión de que no quiero que se eduque bajo el signo de ninguna religión, pero tampoco de ningún partido, por honestas que sean sus causas. Lo hago saber en reunión de célula a la que asiste Gustavo. Hernán dice que es el corolario, pero que si algo le pasa a alguno de ellos ;sobre mis huesos! Gustavo, rojo como la grana, le replica que no lo había pensado, pero le agradece la brillante idea, que en ese momento –en sobre cerrado– entregará los nombres de todos a un notario y que si nos pasa algo ;sobre sus huesos! Entre amenazas mutuas acaba una relación de tantos años, no sólo de la grilla, sino personal con Hernán y con la liga. Aurelia seguirá siendo mi amiga.

Casi he triplicado el sueldo gracias a la jefa de la oficina del Consejo Universitario, quien me recomendó para trabajar con el secretario de la Unión de Universidades de América Latina. Dejo la torre de rectoría de tan gratos recuerdos, donde mi Paco era traído junto con otros dos pequeños –de la guardería– por el chofer de Alicia Alarcón. Entraba la camioneta para regocijo de los niños por el túnel y accedían a las oficinas por el elevador privado. Era usual que el Rector los encontrara en su camino y les revolviera gentilmente el cabello con la mano; el ambiente casi recoleto y exclusivo de las oficinas del consejo, mis amigas... pero la situación económica no era ya sostenible, no podía prolongarse hasta la eternidad la ayuda de Aurelia y de Gustavo.

Los once que somos en total en la UDUAL, somos como miembros de una familia unida. El secretario suele llevar en todos sus viajes a su auxiliar, me incorporan al de Guatemala; vamos a celebrar los veinte años de la fundación de la Unión de Universidades y un congreso médico patrocinado por la misma en la Universidad de San Carlos. Me traslado con diez días de anticipación a coordinar todos los trabajos. Son mis mejores años como secretaria.

Dos años después iré a Santo Domingo donde sale electo, como Presidente de la UDUAL, el rector de la Universidad Autónoma de Santo Domingo, quien solicita mis servicios mientras dure en la presidencia. Sin mucho agrado, el secretario accede. Estaremos Paco y yo ocho

meses en ese casi paraíso que es la Hispaniola, la antigua Quisqueya de los taínos. Con gente maravillosa pero con un gobierno de porquería que comanda Joaquín Balaguer y un ambiente político tenso.

El mar es un factor nuevo para mí y mi hijo, porque nunca había vivido a sus orillas. El mar ejerce una fascinación mágica en las gentes de tierra adentro como yo. Las primeras semanas no duermo bien, me despierta el ronco y triste sonido de las sirenas de los barcos de gran calado que descargan muy adentro en los ríos Jaina y Ozama, en medio de los cuales se asienta la capital.

El mar es como una gran jalea azul, de tonos claros y fosforescentes en las orillas –como aquéllos mares descritos por Salgari en las maravillosas aventuras de corsarios que leía en mi infancia– y oscuros, terribles, en lo profundo. Cuando vemos un punto en el horizonte, nos gusta jugar a las adivinanzas con la nacionalidad de las banderas. El paisaje es espléndido: los árboles que rodean el lugar parecen venirse abajo cargados de flores blancas, pero es una ilusión de los sentidos, son garzas que intempestivamente levantan el vuelo todas a una.

Es tiempo de reflexionar y olvidar. Dejar que las aguas tomen su propio cauce y qué mejor que el tiempo y la distancia.

Por supuesto que mi madre puso el grito en el cielo cuando le anuncié que me iba a Santo Domingo y Gustavo, a pesar de entender que unas vacaciones fuera de esta gran canalla que es la ciudad de México me sentarían muy bien, no se consuela y me escribe cada ocho días. Como posdata –que no sé si me da risa o ternura– en todas sus cartas me pone: "Avísame cuando te quieras regresar para mandarte los boletos de avión".

La última vez que vi al Pico Pancho fue a principios del sesenta y nueve –cuando operaron al Paco de las amígdalas– no más. Por supuesto no lo busqué para avisarle de nuestra marcha a Santo Domingo, temiendo una negativa de su parte y que no me autorizara a sacar al niño del país; recurro a un Juez Pupilar alegando que desde que nació el Paco no lo hemos vuelto a ver. Gustavo y Aurelia son mis testigos. Me conceden el permiso por un año, si me excedo de ese tiempo, deberé presentarlo en la Embajada de México para certificar que está bien y renovar el permiso.

Durante el último año, Gustavo, ha estado insistiendo en que debo poner un pequeño negocio. Por alguna razón que desconozco está preocupado por mi futuro económico, desearía que lo tuviera asegurado aunque sea modestamente. Dice que me pondrá una tintorería pequeña pero moderna, que yo la pueda manejar y administrar; lo voy a pensar, aduzco que me duele la cabeza con el olor de las tintorerías; entonces dice, un saloncito donde exclusivamente se sirva café de excelente calidad y pastelería fina; creo que eso sí me gustaría. Insiste en que si parto para Santo Domingo no tendré oportunidad de asistir al curso de administración y pastelería francesa al que me va a inscribir.

A veces pienso que la vida juega con nosotros, somos como marionetas movidas por hilos que están fuera de nuestro control, como cuando jugaba con mis títeres siendo niña. No tenemos la lucidez para despejar la incógnita de nuestro propio destino.

Consuelo—mi amiga desde el monasterio—tiene un año que pidió dispensa de sus votos, vive con nosotros en Villa Coapa. Da talleres en una elegante y exclusiva escuela—sólo para señoritas—de monjas ursulinas. Ahí cursan no sé qué grados las dos hijas de Gustavo. Ella cuida el departamento en mi ausencia, se coordina con Susana mi hermana, la tercera después de mí. Susi está casada y tiene dos niños: Manolo y Jorge, trabaja como secretaria, también, en la universidad, vive a una cuadra de distancia de mi casa. Ella aprecia mucho a Gustavo, no sólo por su carisma, sino por el apoyo que me brinda. Susi no sólo es mi hermana, es mi amiga, mi *alter ego*. Nos adivinamos—sin necesidad de palabras—nuestras alegrías y nuestras penas. Las dos nacimos en enero, pero yo soy la mayor de todos mis hermanos. Mi hermana es especial, tiene "ángel", es sensible y generosa, inteligente, bonita, simpática, trabajadora; la querían todas las monjas del colegio, sus discípulas, sus compañeras de trabajo, sus suegros y cuñadas. Es capaz de quitarse la camisa y dársela a un menesteroso que tenga frío sin pensarlo dos veces. Susi, "la Chiquis", mi hermana...

Podría haber alargado mi estancia en la Española hasta jubilarme—si hubiera querido—pero al cumplirse los ocho meses decido volver. Una sombra de angustia y desconsuelo, que no acabo de concretar, no me deja ser feliz. El desparpajo con que tomaba las cartas de Gus y las

llamadas de mi mamá, se ha convertido en una preocupación que no acierto a definir.

Llego cinco días después de vencido mi permiso en la UDUAL, por cambios en los vuelos de la compañía aérea española, me dan de baja, cosa que lamento profundamente. A los pocos meses entro a laborar en el sector eléctrico.

¿Recuerdas Gustavo cuando bajé la escalera del avión a las dos de la madrugada, pues el vuelo venía retrasado casi cuatro horas? En la sala de espera estaban mis papás y mis hermanos, pero tú Gus, estabas al pie de la escalera. Soplaban un viento terrible y hacía frío, el ciclón que nos demoró, hasta acá dejaba sentir sus furias. Tú nos abrazaste a Paco y a mí, como queriéndonos fundir en un largo abrazo de amor y protección, pero tú, ya no estás.

¿Recuerdas Gustavo cuando te hablé desconsolada porque me habían dado de baja en la UDUAL? Me dijiste que no tenía importancia, que al fin a mediados de septiembre tomaría el curso de pastelería, que nos iríamos unos días a Jurica, en Querétaro, para hacer planes... pero tú Gus, ya no estás.

¿Recuerdas Gustavo tu delicadeza al tomar dos habitaciones en el hotel? Dijiste al administrador: una para la señora y el niño, otra para mí; si es posible que se comuniquen internamente. En los cinco días que estuvimos yo iba a tu cuarto, pero tu nunca traspusiste la puerta de acceso por cariño y respeto al niño... Cuando regresaba acalorado, pues el caballerango se llevaba a varios niños a dar paseos a caballo, rojo como manzana, se cambiaba y se iba a la alberca; lo veíamos a lo lejos, mientras tu cabeza descansaba en mi regazo. Una sombra nos amenazaba y a veces cubría tus ojos de niño, te ponías triste sin saber porqué, y ahora tú, Gustavo, ya no estás.

¿Recuerdas Gustavo cuando fuiste a El Alberto a decirme que te casarías conmigo? que ibas a pedirle el divorcio a tu mujer y yo te dije que no era posible, pues amaba a Pancho —y a ti también— pero él había ganado la partida; tu reacción no fue de enojo o rechazo, me dijiste: —No importa, yo te amo ¡eso no tiene ninguna importancia! A veces en las noches solitarias me pongo a especular entre lo que fue y lo que pudo ser. Me lo volviste a pedir casi siete años después, la víspera de

Navidad cuando salíamos de la juguetería ARA, donde le habías comprado un "Ferrari" de pedales a Paco, con luces, ruido de motor y no se cuántas monerías más. ¿Recuerdas Gustavo que te dije: —para qué complicarnos la vida, así estamos bien? ¿Te amo menos por no estar casados? Daría la vida si pudiera, para que tus ojos no estén tristes. Te amaré más, por dejar a tu familia ¿por lastimarlos? ¡No!... te quedaste callado, no me contestaste, sólo me abrazaste con más fuerza ¿recuerdas? Pero ahora tú, Gustavo, ya no estás.

Tú y Susi mi hermana enfermaron al mismo tiempo. Susi regresó a los dos días al hospital, después de un legrado mal hecho por un aborto espontáneo, con fiebres altísimas. Tú estabas en Houston, un dolor en el cuello que se te corría al hombro y brazo izquierdo no te dejaba dormir. Sol me mantenía informada. No te habían detectado nada, sin embargo, no estabas bien; regresando, casi de inmediato, recaíste y te internaron en el Hospital Inglés. Susi tenía septicemia declarada y su lucha contra la muerte apenas comenzaba. Sol me llamaba de cuando en cuando, me daba recados tuyos de altas y bajas; estaba angustiada sin saber qué hacer... La enfermedad de ambos se hizo eterna; un mes hospitalizados... Los familiares se turnaban para cuidar a mi hermana en el día, Manolo —su esposo— y yo, "dormíamos" con ella toda la semana, salvo el jueves que me iba a descansar a la casa. Del hospital —luego de bañarme— marchaba a la oficina con la angustia de no encontrarla viva en la noche. Paquito —mi hijo— con mi mamá, los niños de mi hermana los cuidaba Elvira, la muchacha que le ayudaba en los quehaceres domésticos; sólo sé de ti por Sol, no me atrevo a marcar el número del hospital por temor a que conteste tu esposa. No concibo que tú, mi Gustavo, mi fortaleza, estés enfermo y no pueda verte; me quiero morir.

Mi ingreso en el sector eléctrico coincide con la enfermedad de ambos, supongo que me desempeño bien pues de Estudios Económicos me pasan a la Gerencia Comercial; pero casi no recuerdo nada de esos dos primeros meses. Tu enfermedad y la de mi querida hermana Susana me tienen pendiente de un hilo, ya vamos a hacer dos meses. Sol, después de un largo silencio, me informa que te dio un infarto, ya estás en recuperación y sólo esperan te fortalezcas un poco más para intervenir tu corazón. Sol dice que tu familia no te deja un momento, pero en los

pocos minutos que estuvo contigo le dijiste que me amas, que me tienes presente y que pronto estarás activo otra vez, que en cuanto puedas me hablarás por teléfono. Es la primera vez que noto en Sol un poco de simpatía, consideración o lástima, ha dejado su tono ejecutivo y me ha hablado casi como una amiga. Dice que no me preocupe, que tú eres fuerte y saldrás adelante. Ella –dice– me mantendrá informada de todo; pero tú Gustavo, ya no estás.

La desesperación es mala consejera, como los días corren unos tras otros –como agua entre los dedos– y no veo claro, a veces pienso que Sol me engaña. Se me ha metido en la cabeza preguntar directamente a tu casa cómo te encuentras, no sé bajo qué pretexto o bajo qué nombre... pero debo de hacerlo, necesito tu teléfono. Consuelo lo va a conseguir en la escuela donde trabaja. El 25 de noviembre Sol me habla informándome que te han dado de alta en el Hospital Inglés, mañana, dice, irás un rato a la tintorería y de ahí me hablarás.

Me parece casi un sueño la noticia, después de dos meses de agonía; Susana sigue muy mal. En la noche llega Consuelo con una sonrisa: ya consiguió el número de teléfono de tu casa, ya es tarde. Le agradezco y le platico que estás mejor, estoy cansadísima, necesito dormir en mi cama, tengo una eternidad dormitando a ratos en una silla de hospital. Casi de inmediato caigo en un profundo sueño.

Consuelo me zarandea suavemente tratando de despertarme, cuando lo hago estoy bañada en lágrimas, los sollozos me ahogan y no puedo hablar; me abraza tratando de calmarme. Le digo tartamudeando que soñaba que tú mi Gustavo estabas muerto y sigo llorando inconsolablemente a pesar que ella me recuerda que sólo fue un sueño, una pesadilla, que ya te dieron de alta; que en unas horas estaré hablando contigo: –¡Vamos a dormirnos, son las dos y veinte de la madrugada! Me cobija, trato de dormirme y entro en una duermeyela inquieta, angustiante...

No bien acabo de llegar a la oficina cuando me indican que tengo una llamada telefónica, es Sol, casi no puede hablar, no acierta a coordinar lo que habla; entre sollozos me dice que tú, mi Gustavo, te fuiste para no volver, a las dos y veinte de la madrugada...

Y ahora estoy aquí recordando todo, mientras recorro solitaria la vereda que lleva del Corte a El Alberto. Han pasado tres meses desde que tú y Susana se fueron, ella ocho días después a la misma hora, pero del medio día; pedí un día económico en la oficina, no avisé a nadie. Tomé el autobús del Valle del Mezquital y aquí estoy. Han pasado casi nueve años, no sé si esto es un sueño o realidad, nadie se ha percatado de mi presencia; llegué como un fantasma hasta la iglesia. ¿Cuánto tiempo estaría sentada en la banca adosada a "mi cuartito" –que ahora luce a través del ojo de la cerradura abandonado y polvoriento–? Una hora o un minuto, no sé, he vivido todo nuevamente deseando que el viento y la noche no lo borren... desando el camino. Pareciera que todos los habitantes lloraran conmigo en silencio, en sus chozas... ¡No vi a nadie! En el gran garambullo, después de subir las peñas, por ese camino de cabras tantas veces recorrido, volteo y me despido de la iglesia de san Alberto con su torre y sus almenas que se diluyen en las sombras de un pronto anochecer, los cerros del Dexthí –al fondo– están incendiados con los rayos púrpura del sol que muere... debo apurar el paso, sopla el viento y cae la noche...